Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII | San José, Costa Rica | 1929 | Sábado 23 de Febrero | Núm. 8

SUMARIO

México y el imperialismo

Con suma frecuencia se escribe en los periódicos de todo el mundo sobre el imperialismo de Inglaterra y de los Estados Unidos de América. Se forman ligas anti-imperialistas, se celebran congresos, se publican folletos y libros sobre el mismo tema tanto en la India como en Europa y América. El asunto debe tener singular importancia puesto que ha dado margen a tantos comentarios. Y es que el fenómeno imperialista está íntimamente relacionado con el porvenir económico y social de todos los pueblos de la tierra.

Está comprobado por la historia económica del mundo que a medida que el tiempo ha transcurrido se ha efectuado una mayor concentración en la producción industrial. Esa concentración puede dividirse hasta nuestros días en seis grandes etapas: 1.°, la industria doméstica; 2.°, los oficios; 3.°, la industria a domicilio; 4.°, las manufacturas; 5.°, las fábricas; y 6.°, los *trusts*.

Debe advertirse que las etapas que señalamos están en consonancia con el desarrollo económico de cada zona productora y que, hay numerosos casos en que en un mismo país se efectúa la producción en las diferentes formas que señalamos, aún cuando haya alguna que predomine sobre las otras.

De manera que por ejemplo, si en la industria familiar había un millón de centros productores en una extensión territorial determinada, al venir los oficios existían sólo cien mil y al aparecer la industria a domicilio, diez mil. La concentración continuó con las manufacturas que podremos representar por mil empresarios; la etapa de la fábrica moderna por cien; y, por último el *trust* norteamericano por diez.

Según la teoría de Marx, la concentración continuará. Habrá un instante en que las grandes compañías ya no serán diez, sino dos o tres. El edificio de la organización económica presentará la forma de una pirámide invertida. Abajo los empresarios, los grandes industriales; arriba las clases trabajadoras.

Ahora bien, llegará el instante en que al agudizarse la pirámide pierda su equilibrio; y, al caer, vendrá la sétima etapa, la socialización de la industria y con ella una modificación importante en la estructura social contemporánea.

En los Estados Unidos, que es la nación que nos interesa estudiar, encontramos que en la parte baja de la pirámide hay una fuerza económica inmensa, fuerza que necesita mercados y materias primas para seguir desarrollándose. Esa enorme fuerza no se escapa de los diferentes poros de la pirámide, es decir del pueblo de los Estados Unidos, sino de la parte inferior, de los grandes centros financieros. La fuerza económica que trata de salir, que necesita exteriorizarse, es lo que a mi juicio, constituye el imperialismo; es una exuberancia económica que no puede ser contenida dentro de su marco y que invade otros países.

Pero el fenómeno es un tanto complejo. De acuerdo con la opinión de un economista mexicano de la nueva guardia, en los Estados Unidos existen varias pirámides, unas más agudas que otras, por ejemplo, el *trust* petrolero, la casa Morgan, etc. De manera que en esa nación no sólo hay lucha entre los de arriba y los de abajo, lucha de clases entre empresarios y asalariados, sino también una lucha vertical entre *trusts* contra *trusts*; pero de cualquier manera que sea, todas esas empresas tienen utilidades económicas enormes y de todas ellas se escapa la fuerza que invade la economía de otros pueblos. A nuestro juicio, pasado algún tiempo las varias pirámides formarán una sola, cumpliéndose así los pronósticos del autor de la teoría de la concentración industrial.

Para que el lector se entere de la enorme fuerza económica de los Estados Unidos, vamos a dar algunos datos en los párrafos siguientes:

En el año 1790 tanto la población



Por *F. Amighetti*

como la superficie de los Estados Unidos eran insignificantes. De 1790 a 1925 su superficie había aumentado en un 618.36 °/₀ y su población en 3,127.49 °/₀. Por otra parte es uno de los países del mundo donde la producción agrícola es más considerable. Citaré tan sólo tres ejemplos; su producción de trigo representaba en 1925 el 16.65 °/₀ sobre la producción mundial; la de maíz el 72.27 y la de algodón el 57.74. En la industria pecuaria ocupan el primer lugar en ganado bobino, porcino y mular, y uno de los primeros en las otras clases de ganado.

Con relación a los productos del subsuelo su situación es verdaderamente importante. En el año 1925 la producción petrolera representaba el 68.80 °/₀ de la mundial. En el quinquenio de 1921 a 1925 la producción de oro, también con respecto a la de todo el mundo, significó el 14 °/₀, la de plata el 27.32, la de cobre el 52.01 °/₀, la de plomo el 40 °/₀ y la de zinc el 46.39 °/₀. Además de esa enorme producción, de la parte baja de la pirámide han salido numerosos capitales que han ido a invertirse en la minería en México y en muchas otras ocasiones, aumentando así de hecho su ya inmensa producción.

En las industrias de transformación los Estados Unidos ocupan lugar preponderante; en maquinaria no hay nadie que les compita; en la industria de la carne son, igualmente los primeros, y así en muchas otras más.

Hay en el mundo 1.188,272 kilómetros de ferrocarriles, de los cuales pertenecen a los Estados Unidos 422,523, es decir, el 35.56 °/₀. En automóviles tenía en enero de 1927 el 80.06 °/₀. Mientras en todo el mundo había 27.680,267 automóviles, ellos poseían 22.137,334. Todos sus habitantes pueden trasladarse en automóviles en un momento dado. Esto es sencillamente extraordinario.

El stock de oro en los Estados Unidos en el año de 1913 era relativamente pequeño; 262 millones de dólares. En 1925 tenían 2,270 millones, lo cual significa un aumento de consideración. Según el economista francés Martin, que hace poco tiempo nos visitó, en el año de 1927 los Estados Unidos tenían 4,600 millones de dólares, lo que representaba según él, el 50 °/₀ aproximadamente, del oro del mundo. Los Estados Unidos se han enriquecido a costa de la pobreza general.

Ahora pasemos a examinar el comercio internacional que es el mejor índice para comprobar su política expansionista. Comparando el volumen del intercambio comercial de los Estados Unidos con todo el mundo durante los quinquenios de 1910-14 con 1921-25, resulta un aumento a favor de este último de 103.76 °/₀. Ahora bien, con respecto al comercio exterior con la América Latina, el volumen total durante el primer quinquenio citado fué de 3,688 millones de dólares y durante el segundo de 8,386 millones. Aumento: 130.14 °/₀.

Por otra parte, la suma de las inversiones de los Estados Unidos en la América Latina era en el año de 1912 de 1,248 millones de dólares y en 1927 de 4,917, lo cual significa un aumento de 293.99 °/₀. Esto es lo que constituye el fenómeno imperialista, fenómeno positivamente peligroso para la independencia de los pueblos débiles.

Esa fuerza económica que se escapa, no de todos los poros de la pirámide como ya se dijo, sino de la parte baja de ella, de la gran concentración capitalista, es lo que va invadiendo los países de la América Española; y, esa invasión, no es posible contenerla con buena voluntad y amables palabras porque es un hecho exclusivamente económico. El imperialismo político es una resultante de aquél; tras de los comerciantes va la bandera; primero se crean intereses, luego con el pretexto de protegerlos viene la penetración política, los ejércitos y todo lo demás.

Entonces ¿qué podrían hacer los países débiles de nuestra América para defender su independencia, su civilización y su porvenir? Hay un lenitivo y un remedio radical. El lenitivo consiste en atalayarnos en nuestra cultura, en fortificar por nosotros mismos y por todos los medios posibles nuestra propia economía; y ya que es inevitable por ahora la penetración del capital de los Estados Unidos, entonces procuremos siquiera dirigirlo hacia donde menos daño nos haga, aprovechándonos inteligentemente de la lucha vertical, es decir, de las rivalidades entre los intereses antagónicos de las distintas pirámides. Por ejemplo, no tiene los mismos peligros para México permitir la fundación de una fábrica de automóviles con capital norteamericano que el de un *trust* que explotara extensas zonas agrícolas. Esto último equivaldría a enajenar definitivamente nuestro porvenir. También constituiría un serio peligro consentir que se establecieran en el país sucursales de las grandes casas bancarias de los Estados Unidos.

El remedio radical consiste en que las diversas pirámides se hagan una sola, que ésta se agudice hasta perder el equilibrio y venga por tierra, lo cual significaría un cambio de enorme trascendencia en los rumbos que siga en el futuro la humanidad.

J. Silva Herzog

Profesor, y fundador del Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas y de la *Revista Mexicana de Economía*

América para el mundo o América para los americanos?

La misma pregunta es ya su respuesta. Nadie se hubiera atrevido a preguntar una cosa así hace cuarenta años. Entonces América era y debía ser para los americanos.

Pero quién duda ya ahora! Porque, en primer lugar, ¿quiénes serían estos americanos: ¿los de ayer, los de hoy, o los de mañana? No los de ayer que ya son idos, no los de hoy que no desean continuar como están... han de ser los de mañana, que quiere decir los que vendrán en el futuro, y estos serán todos los hombres del mundo entero que buscarán en América su salvación.

Primero vendrán los hambrientos de hambre y sed de justicia, después los que buscan sólo un pedazo de pan. La línea de batalla de la humanidad está todavía en la frontera del hambre. La inmensa mayoría de los humanos, como en el tiempo de los cazadores de la edad de piedra, persiguen desesperados algo para vivir día por día, que hoy es la moneda de un jornal.

Sólo unos cuantos están a cubierto de la necesidad y pueden pensar, sentir y gozar de la belleza del mundo. Los demás, los ojos fijos en un mendrugo seco, ven en cada hombre un competidor. La miseria de su vida los hace feroces, desconfiados y cobardes. Todo cambio, toda mejora amenaza con sufrimientos y más hambre.

Antes el hombre creía que debía ser esclavo por nacimiento o por conquista; no razonaba para comprender sus derechos y sus deberes. Hoy es esclavo de sí mismo, de su propia cobardía. Nadie se atreve a proponer el alumbramiento de un mundo mejor.

Dentro de un siglo la humanidad ya no necesitará a América. Con una mejor organización social los viejos continentes podrán alimentar también sus gentes hoy hambrientas. Pero en esta hora trágica América no puede negarse a dar lo único que se pide de ella, que es ella misma.

Por fortuna América no tiene todavía nada que dar más que su original desnudez. No tiene una estructura política con fronteras de odios seculares, no tiene una religión suya exclusiva, no tiene una tradición milenaria que haga inasimilable al recién llegado. América puede ser todavía lo que se quiera y será en realidad el ***Nuevo-Mundo*** para toda la humanidad.

Al verterse sobre América el mundo entero desaparecerán algunas cosas pintorescas que hoy nos parecen el alma de América. Pero muchas de ellas son reminiscencias de una humanidad primitiva. Ya los egipcios usaban el lazo y las bolas. Crecerán ciudades en los páramos, los ríos se encauzarán, no se matará más ganado sólo para aprovechar el cuero, los cóndores desaparecerán... Será para algunos un dolor nuevo, una pérdida, un sacrificio. Pero, recordemos la gran ley del espíritu: sólo el que se pierde se encuentra y sólo el que se da se recobra con creces.

Los que vendrán a América encontrarán el alma de América o mejor dicho ella se encontrará en ellos. América es todavía un enigma para sí misma. Al llegar a sus playas los nuevos americanos comprenderán enseguida las causas del dolor y del hambre del viejo mundo que han dejado detrás: también en América hay hambre, también en América el peón macilento y el indio taciturno miran envidiosos a unos cuantos (también en América contados) que pueden satisfacer su necesidad... Pero mientras en las tierras viejas el mal parece provenir de un exceso de gente, en América prosperidad y abundancia vienen con el aumento de población.

No hay que repetir pues los errores del viejo mundo: hay que organizar primero América, y el mundo entero después, a la manera americana.

¿Y cuál es esta manera? No la vida colonial, que era un feudalismo tan anacrónico hoy, como el lazo y las bolas.

No el régimen de los generales que daban concesiones a clientes y amigos. No una democracia gobernada por un parlamento que se reelige a sí mismo... No, ni aun la aparente libertad del aventurero que destruye bosques, esquilma la tierra con un cultivo absurdo y es víctima de sus propios errores, después de haber estropeado la herencia de futuras generaciones.

No; en la tierra del porvenir, que será América, el trabajo será distribuido según la capacidad de cada uno y los productos según las necesidades. En América el hombre vivirá como hombre no como fiera hambrienta... Todo lo que el hombre pueda dar con sus facultades todavía inexplotadas lo dará aquí; no es sólo la tierra la que será joven en América sino el hombre también. Con el sentido económico de los tiempos modernos, con los recursos científicos actuales... sin anclas en un pasado, sin lastre de una despiadada casta de gentes establecidas que no quieren cambios. América será americana el día que crea que deja de serlo y cuando piense que se sacrifica abriendo sus brazos a toda la humanidad y dejando que la explote a la manera moderna.

J. Pijoán

Los Angeles, U. S. A.

Poesías de Jorge Guillén

=De la obra *Cántico*. Revista de Occidente. Madrid. El autor ha tenido a bien honrarnos con el envío de un ejemplar, que agradecemos=

Tornasol

Tras de las persianas
verdes, el verdor
de aquella enramada
toda tornasol

multiplica en pintas,
rubias del vaivén
de lumbre del día,
una vaga red

varia que, al trasluz
trémulo de estío
hacia el sol azul
ondea los visos

informes de un mar
con ansia de lago
quieto, claridad
en un solo plano,

donde esté presente
como un firme sí
que responda siempre
total, el confín.

Los nombres

Albor. El horizonte
entreabre sus pestañas,
y empieza a ver. ¿Qué?: nombres.
Están sobre la pátina

de las cosas. La rosa
se llama todavía
hoy rosa, y la memoria
de su tránsito, prisa.

¡Prisa de vivir más!
¡A largo amor nos alce
esa pujanza agraz
del Instante, tan ágil

que en llegando a su meta
corre a imponer: Después!
¡Alerta, alerta, alerta!
¡Yo seré, yo seré!

¿Y las rosas?... Pestañas
cerradas: horizonte
final. ¿Acaso nada?
Pero quedan los nombres.

Cima de la delicia

¡Cima de la delicia!
Todo, en el aire, es pájaro.
Se cierne lo inmediato
resuelto en lejanía.

¡Hueste de esbeltas fuerzas!
¡Qué alacridad de mozo
en el espacio airoso,
henchido de presencia!

El mundo tiene cándida
profundidad de espejo:
las más claras distancias
sueñan lo verdadero.

¡Dulzura de los años
irreparables! ¡Bodas
tardías con la historia
que desamé a diario!

¡Más, todavía más!
Hacia el sol, en volandas,
la plenitud se escapa.
¡Ya sólo sé cantar!

Sazón

El vaivén de la esquila
de la oveja que pace...
En su punto la tarde:
fina monotonía.

¡Polvareda de calma,
trasluz de lo plenario!
¡Ahinco cabizbajo,
émulo de la hazaña!

La quietud es extrema
en el rebaño terco.
Acrece y guarda el tiempo
sus minutos, su hierba.

¡Lejanías en blanco,
para la rumia grama!
¡Horizonte, tardanza
del infinito espacio!

En su punto la tarde:
fina monotonía...
El vaivén de la esquila
de la oveja que pace.

Escalas

Cimborrios y torres
oponen al viento
la quietud en pleno
de sus sacras moles.

Pero el sol de un álamo,
¡la tarde es tan alta!,
ofrece una escala
cortés a lo raso.

¡Esa arena rosa
y marfil perdida,
fina en demasía,
bajo tantas hojas

perdidas! ¿El viento
busca la verdad?
Las esparcirá,
tenderá a los cielos

de luz sin reposo
la escala de un pío,
¡y ángeles, en circo,
saltarán cimborrios!

Pino

EL POETA

¿Alzas, pino, tu copa como cáliz
o como simple copa,
sin empaque canónico?

EL PINO

¡Copa mía, obra mía,
aun no ajena a la sed que en mí la erige!
¡Con qué anhelante aplomo
tendió su amanecer
a todas las celestes inminencias!

EL POETA

¿Tu verde melodía es tu secreto?

EL PINO

A la común divinidad imploran
otros también artífices,
juntos en el espacio.

EL POETA

¿Ilumina tu sol
a la nube en asueto?

EL PINO

No sé si en los ponientes se arrebolan
gradas de paraísos populosos,
plateas arcangélicas.
Pero... ¡Sé, sé la viva
plenitud de mi copa!
Si el hacha quiebra su cristal inútil,
serán también los míos sus añicos.

La noche, la calle, los astros

Noche fiel: pulsación bien estrellada.
Solicitud total: gobierna el cielo.
Y se ahonda en seguro laberinto
la calle tan sabida, que refiere,
profunda al fin, su límite a los astros.

Niebla

El cielo, de color ya casi abstracto,
confina, aunque ideal, con la arboleda.
¡Oh masa de figuras sin memoria,
oh torpe caos!: todo se es remoto.
Lo gris relaja al árbol, ya inexacto.

Otoño, pericia

Perfilan
sus líneas
de mozos
los chopos,
vívidas
pupilas,
aplomo
sin bozo.

¡Huída
la umbría!

A lomos
de arroyos
se esquivan
las briznas.
Notorios
contornos,
jaurías,
traíllas.
¡De hinojos
los monstruos!

Mejillas
propicias
al modo
moroso
me brinda
la amiga...
Cogollo
del gozo:
¡pericia
de otoño!

Arbol del otoño

Ya madura
la hoja para su tranquila caída justa,
cae. Cae
dentro del cielo, verdor perenne, del estanque.

En reposo,
molicie de lo último, se ensimisma el otoño.

Dulcemente,
a la pureza de lo frío la hoja cede.

Agua abajo,
con follaje incesante busca a su dios el árbol.

Las sombras

Sol. Activa persiana:
laten sombras. ¿Quién entra?...
Huyen. Soy yo: pisadas.

(¡Oh, con palpitación
de párpado, persiana
de soledad o amor!)

Quiero lo transparente.
También las sombras quiero,
transparentes y alegres.

(¡Las sombras, tan esquivas,
soñaban con la palma
de la mano en caricia!)

¿Tal vez mi mano?... Pero
no, no puede. ¡Las sombras
son intangibles!: sueños.

Estatua ecuestre

Permanece el trote aquí,
entre su arranque y mi mano:
bien ceñida queda así
su intención de ser lejano.
Porque voy en un corcel
a la maravilla fiel:
inmóvil con todo brío.
¡Y a fuerza de cuánta calma
tengo en bronce toda el alma,
clara en el cielo del frío!

Panorama

El caserío se entiende
con el reloj de la torre
para que ni el viento enmiende
ni la luz del viento borre
la claridad del sistema
que su panorama extrema:
¡transeuntes diminutos
ciñen su azar a la traza
que con sus rectas enlaza
las calles a los minutos!

Yo, quieto, seré quien vea

Yo, quieto, seré quien vea
cómo el estío se afila
dentro de aquella tranquila
tarde probable en la aldea
donde un viajero sestea
para olvidar el Confín
que persigue su trajín,
frente a tanta luz en paro,
tan contemplada, al amparo
fiel de alguien. ¡Luz sin fin!

Presencia de la luz

¡Pájaros alrededor
de las fugas de sus vuelos
en rondas! Un resplandor
sostiene bien a estos cielos
ya plenarios del estío,
pero leves para el brío
de esta luz... ¡Birlibirloque!
Y los pájaros se sumen,
velándose, en el volumen
resplandeciente de un Bloque.

La rosa

A *Juan Ramón Jiménez*

Yo vi la rosa: clausura
primera de la armonía,
tranquilamente futura.
Su perfección sin porfía
serenaba al risueñor,
cruel en el esplendor
espiral del gorgorito.
Y al aire ciñó el espacio
con plenitud de palacio,
y fué ya imposible el grito.

Playa

(Niños)

Este sol de la arena
guía manos de niños:
las manos que a las conchas
salven de los peligros.
Conchas: bajo la arena
tienden hacia los niños:
niños, que ya hacia el sol...
Pero el sol, rectilíneo,
viene. Los rayos, vastos
arriba, tan continuos
de masa, deslindándose
llegan—aunque sus visos,
sin cesar rebotando
de ahincos en ahincos
de ondas, se desbanden—.
Aquí, por fin, tendidos,
se rinden a las manos
más pequeñas. ¡Oh vínculos
rubios!... Y conchas, conchas...
¡Acorde, cierre, círculo!

Playa

(Indios)

Conchas crujientes, conchas,
conchas del Paraíso:
las descubren, perdidas
para los dioses, indios:
entre arenas los llaman
tornasoles amigos.
¡Cómo fulgen y crujen
conchas, arenas, indios,
todos a una, voces
ondeadas de visos!
En ondas van y crecen
apogeos, dominios
y la fascinación
triunfante de los indios.
¡Oh triunfos! Y se comban
en un vaivén. ¡Oh tino!:
de la prisa al primor,
del primor al peligro.
¡Y lanzan vivas, vivas
refulgentes, los indios!

Río

¡Qué serena va el agua!
Silencios unifica.
Espadas de cristal
a la deriva esquivan,
¡lenta espera!, sus filos:
el mar las necesita.
Pero un frescor, errante,
por el río extravía
voces enamoradas:
piden, juran, recitan...
¡Pulso de la corriente!
¡Cómo late!: delira.
Bajo las aguas cielos
íntimos se deslizan.
La corola del aire
profundo se ilumina.
Van más enamoradas
las voces. Van, ansían.
Yo quisiera, quisiera...
Todo el río suspira.

Tablero

1929

Saludable y ejemplar declaración de Lugones a los jóvenes;

Por otra parte, en la constante doma de mi fiera interior, he decidido ir suprimiendo la elocuencia. Y tengo de ponerle freno de hierro bruto donde se trabe la lengua y se estrelle los dientes la vanidad de hablar, tan semejante a la de exhibir su cara pintada la mujerzuela.

(Dichas, estas palabras, a estudiantes universitarios de Córdoba, Rep. Argentina).

Los libros y folletos de la semana:

La editorial LA LECTURA ha enriquecido sus colecciones con estas obras:

Julepe de menta por E. Giménez Caballero. De la serie CUADERNOS LITERARIOS. Precio: ¢ 1.50.

Sanderson de Oundle, por H. G. Wells. Precio: ¢ 3.

De la *Sección Contemporánea*, en la serie CIENCIA Y EDUCACIÓN.

Mateo Aleman: *Guzmán de Alfarache* III.

De la serie CLÁSICOS CASTELLANOS.

Hemos recibido de los Autores y mucho lo agradecemos:

L. E. Nieto Caballero: *Libros Colombianos*. Tercera serie. 1928. Editorial MINERVA. Bogotá.

Indice general: Casa de beneficencia?, Civilización chibcha, Los conquistadores, Los fundadores de Bogotá, España y los indios, Vásquez Ceballos, La Pola, Colombia en la independencia, Las culpas de Bolívar, La vida de Córdova, El ocaso de Bolívar.

Luis de Paola (s/c. 10-1427. La Plata. Rep.

Argentina): *Mediodía*. Bs. Aires. Lib. y Edit La Facultad. 1928.

Con esta dedicatoria: A mi grande amigo Elías Kraiselburd Guimpel, sincero como el agua, noble como la tierra.

Con este epígrafe: La santidad de mi madre, la pureza silenciosa de mis hermanas y el perfume ignorado de la que no se nombra, llenan de melodía estas páginas, como los retamales invaden con su fragancia las tardes luminosas de diciembre.

Pilar de Lusarreta (s/c: Rincón 110. Buenos Aires. Rep. Argentina): *Job el Opulento y otras Andanzas del Espíritu*. Buenos Aires. Jacobo Peuser. 1928.

De esta edición se han impreso 25 ejemplares en papel Chamoix, numerados de I a XXV

Jorge Gmo. Leguía: *Simientes para un ensayo sobre la Guerra de la Independencia Hispanoamericana*. Lima. 1928.

José Rafael Wendehake: *Vida Orejana*. Descripciones de tipos y costumbres lugareñas. Colón, Rep. de Panamá. 1926.

Víctor Pérez Santisteban: *La conciencia agraria del Norte*. Lima. 1929.

Dice el Autor: En homenaje al Congreso de Irrigración y Colonización que los Comités Agrarios del Norte van a celebrar para, de sus deliberaciones, recoger las luces que han de alumbrar el sendero de ese hermoso movimiento popular.

A. H. Pallais, Pbro.: *Bello tono menor*. León, Nicaragua, C. A. 1928.

De estos bellos poemas hay que hablar con despacio.

Daniel Castañeda (s/c: 5.ª del Sabino N.º 183. México, D. F.): *Las Islas del Sueño*. Poemas. Seguidos de la primera versión al castellano de los *Poemas condenados* de Charles Baudelaire. Editorial Cultura. México. 1927.

Abel López Gómez: *Por los caminos de la tierra*. Medellín. 1928.

Señas de escritores y artistas mexicanos. México. Imp. de la Secretaría de Relaciones exteriores. 1928.

Víctor H. Escalada. (En la Legación del Ecuador en Caracas): *La Sandalia del Peregrino*. Segunda edición. Caracas. 1928.

César Falcón: *El Pueblo sin Dios*. Novela. 1928. Madrid.
Ediciones de Historia Nueva.

Adolphe Falgairolle: *Valencia*. Amours d'Espagne. Roman contemporain. Ernesto Flammarion. Editeur. París.

Francisco José Urrutia: *Le Continent Americain et le Droit International*. Preface de N. Politis. París. 1928.

Donación del autor.

Almafuerte (Pedro B. Palacios): Obras Completas. *Poesías* I. Recopiladas por Alfredo J. Torcelli de acuerdo a los textos definitivos del autor.—*Poesías completas* II. Prólogo de Ernesto Morales.—El Ateneo, Librería Científica y Literaria. Florida 371. Buenos Aires. 1928.

Donación de la casa editora.

Edgardo Garrido Merino: *El barco inmóvil*. Cuentos. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1928.

Con un prólogo de Eduardo Marquina. Donación de la casa editora.

Julio Casas Araujo. (s/c: Minas. Lavalleja. Uruguay): *Elogio de la primera estrella*. Editorial Albatros. Montevideo. 1928.

Luis Ulloa: *El predescubrimiento Hispano-catalán de América en 1447*. Xristo-Ferens Colom, Fernando el Católico y la Cataluña española. Prólogo de Manuel Ugarte. París. Maisonneuve, Freres. Editeurs. 3, Rue du Sabot.

Donación de la casa editora.

Ramón Suaiter Martínez. (s/c: Posadas. Misiones. Rep. Argentina): *Voces en la montaña*. Buenos Aires. 1928.

Ramón Martínez Zaldua: *Tras el nuevo Dorado*. Novela. Editorial Mundial. Barranquilla. (Colombia) 1928.

Armando Godoy: *Monologue de la tristesse et Colloque de la Joie*. Cinquieme edition. Editions Emile-Paul Freres. París.

González Vera (Casilla 3749. Santiago, Chile): *Estampas de una aldea*. Santiago Chile.

Dedicatoria: *Perdidos entre la muchedumbre extranjera viven dos chilenos: Horacio Hevia y Carlos Vicuña Fuentes. A ellos dedico estas páginas.*
El recuerdo grato de Vicuña Fuentes nos movió a conocer el libro y el autor. Hemos señalado algunas de estas finas y bien logradas estampas y las sacaremos en uno de los cuadernos próximos.

Testimonios

La verdad es que tenemos muy descuidado el espíritu. Confundimos la grandeza nacional con el dinero que es uno de sus agentes. Hemos puesto nuestra honra en el comercio, olvidando que, por su propia naturaleza, el comercio puede llegar a traficar con nuestra honra. El comercio trafica con todo, porque ésta es su tendencia; como el fuego todo lo quema, porque ésta es la tendencia del fuego. Ni el fuego entiende de no quemar, ni el comercio de no traficar.

Ante este grave peligro de la patria, es necesario pensar con claridad y con entereza, *proponiendo ideas prácticas a la gente que vive sin objeto*. Urge sobre todas las cosas, la espiritualización del país.

Por esto he creído que la celebración del Centenario era momento propicio para formular un ideal generoso, tomando como fundamento la leyenda del pensador por excelencia, de Prometeo, el titán amigo de los hombres a quienes dotó de mente, para que pudieran vivir como él con un objeto superior a la vida. Pues de tal modo consiste en esto la dignidad humana, que aun a costa del martirio es envidiable prenda para los redentores, y por esto ellos la conquistan así, dando a los hombres su dolor como ejemplo. El titán que hizo a la humanidad ese don, no conoció otro premio. Semejante negación heroica del egoísmo, tiene una solemne oportunidad. He aquí que en la glorificación de nuestros padres, celebramos un acto de la misma naturaleza...

Leopoldo Lugones

(Prólogo de *Prometeo*, página 5. Buenos Aires, 1910.)

...; el honor de la ciudad [1] consistió en la benevolencia de su justicia para con los pobres y los desamparados. El humanitarismo, dijo Demóstenes, es la belleza de la ley; la justicia benévola con los débiles es la virtud ideal de la democracia. La prueba que de su superioridad sobre los otros griegos daban los atenienses, era haber erigido, únicos entre aquéllos, un altar a la Piedad.

Leopoldo Lugones

(*Estudios helénicos*, 2.ª serie.)

Condolencia

México, 14 de enero de 1929

Señor don Joaquín García Monge
San José de Costa Rica.

Muy recordado amigo:

La noticia de la muerte de Omar Dengo, acaecida el mes último, me ha consternado.

Le conocí en Heredia, en 1917. Vivíamos ambos en el Hotel de Doña Rosario de Orozco, en habitaciones vecinas. A pesar de su juventud, era ya todo un Maestro. Admiré en él, su aguda visión intelectual y la facilidad y donosura con que exponía los más intrincados problemas filosóficos.

Pero más que su sabiduría—nunca ostentada—, me seducían su espíritu evangélico, su moral austera, su amor hacia sus discípulos. Hasta en sus últimos momentos supo ser un Maestro. Su muerte es digno corolario de su vida.

Poseía como ningún otro, el don de consejo: a él le soy deudor de sugestiones espirituales que han ennoblecido mi vida. Soy, en cierto modo, discípulo suyo, porque señaló a mi inteligencia y a mi corazón rumbos nuevos. De ahí que su muerte la llore como la de uno de los seres más queridos.

En la crisis magisterial porque atraviesa Costa Rica, la desaparición de Omar Dengo tiene una significación particular. Constituye una pérdida irreparable. Era de esos hombres que ennoblecen y prestigian a cualquier institución.

Le abraza su hermano en el dolor.

Mario Santa Cruz

(1) Atenas.

Mi adiós al *Apra*

Dejen que hable guiado por el corazón y no por la mente. El hermano a los hermanos no habla de otro modo.

Trabajen con la misma fe y el mismo empeño. No tengan oídos para los malvados ni ojos para los indiferentes.

Ganaremos la paz y la dicha, los apristas, si trabajamos con entusiasmo a despecho de la calumnia, la envidia y la traición de los políticos.

Dichosos ustedes que pueden trabajar a la luz del día y al aire libre. Dichosos ustedes que tienen a un don Joaquín García Monge.

Cuiden y ayuden a este *varón* porque él es con Masferrer y Turcios, respaldado por la *juventud libre*, el que encarna la honradez y el decoro de los pueblos del istmo que los políticos y diplomáticos escarnecen y humillan.

Adiós, apristas. Allá en el Salvador estaremos nosotros, sus hermanos, con el corazón en alto y con las manos listas.

Adiós y gracias.

Alfonso Rochac

San José, febrero 11 de 1929.

A los literatos colombianos

El señor Samuel Glusberg, editor argentino de obras americanas, y escritor de loables virtudes literarias, publica en Buenos Aires una revista de crítica y bibliografía, uno de cuyos números por venir piensa dedicar el director a Colombia. Para llenar este objetivo fraternal, digno de aprecio y de correspondencia, el editor de *Vida Literaria*, como se llama la revista, se ha dirigido al señor Samín Cano en solicitud de su cooperación para obtener que escritores colombianos jóvenes, maduros y novísimos, le envíen para el número propuesto artículos de prosa o verso, con los cuales desea dar al pueblo argentino una idea tan completa como sea posible del actual movimiento literario en Colombia. La iniciativa del señor Glusberg es digna de estímulo no solamente. Merece también que se la imite. Si en cada capital las revistas literarias o las compilaciones periódicas de todo género, dedicasen de cuando en cuando números enteros a literatura de un solo país, tratando de procurarse para ello artículos de actualidad, escritos por prosadores o poetas del país al cual fuese dedicado el número, esa obra serviría de lazo internacional más práctico y duradero que la tarea diplomática llevada a cabo por los Cavoures y Bismarcks frustráneos de las dos Américas.

Las personas que quisieren corresponder a la libreamericana excitación del señor Glusberg, pueden enviar sus colaboraciones a

Vida Literaria Rivera Indarte, 1030. Buenos Aires. República Argentina.

(De *El Tiempo*. Bogotá.)

La estimación extranjera

La Biblioteca de la Universidad Nacional de Tucumán, Rep. Argentina, nos pide ejemplares del *Rep. Am.* que le hacen falta para completar ciertos volumenes y entre otras cosas, nos dice:

La revista *Repertorio Americano* es una de las más consultadas por el público, razón por la cual sería muy sensible el no poder presentar encuadernados dichos tomos por falta de unos pocos números.

¿Qué son los Rotarios?

En la última entrega de *Repertorio Americano* hemos encontrado esta misma pregunta, publicada en *Patria*—periódico salvadoreño— que, al respecto dice:

«Hasta ahora, nosotros no hemos podido estimar qué busca y persigue esa asociación; no hemos logrado verle una finalidad concreta, de útil evidencia, ni hemos comprendido sus caminos. Es casi seguro que estamos faltos de información, y que seamos los primeros en aplaudir a los Rotarios, cuando sepamos de qué se trata.

«Dígasenos, pues, adónde se va y por dónde se va y enséñennos lo que hay en el Rotarismo de interés superior, más necesario que los cien problemas punzantes a que nadie entiende aquí, y de cuya resolución depende el bienestar, la prosperidad, la civilización, y acaso la vida misma de esta patria.

»Advertencia. Nuestra curiosidad no inquiere lo que hace y pretende el Rotarismo en los Estados Unidos: sabemos y aplaudimos lo que hace allá; lo que deseamos saber es qué hace y pretende en El Salvador»

Como a nosotros nos asalta la misma idea, y como aquí el Rotarismo existe y se va extendiendo sin que las gentes sepan qué es, hacemos la misma pregunta en el buen deseo de que alguien nos explique los alcances del Rotarismo y su misión en Costa Rica; de esta manera nuestra ignorancia cesará de aguijonearnos, lo cual no deja de ser útil.

Jorge Cardona

16 de enero de 1929.

Señor don
Joaquín García Monge
Director del *Repertorio Americano*
Presente.

Mi distinguido amigo:

Con el deseo de rendirle culto a la verdad, me permito suplicarle dar cabida en las columnas de su importante *Repertorio Americano* a la siguiente alusión del libelo intitulado *La manada grazna*.

Ayer en la Biblioteca Nacional, al leer los periódicos de esta localidad, hojeando *La Nueva Prensa*, ví una reproducción intitulada *La manada grazna*; entre las muchas aseveraciones que se leen en este libelo, se halla esta otra:

Si es cierto que tenemos las aduanas intervenidas, por culpa de un señor que ha comido en el mismo plato con el propio García Monge. Lo demás que se refiere al señor García Monge, por no ser una verdad tangible sino un encono del autor del libelo, prefiero pasarlo en silencio, para sólo hacer alusión a lo que me he permitido transcribir. Supongo que el autor del libelo mencionado, no se refiere al ex-Presidente Dr. Alfonso Quiñonez Molina, porque este señor no se encuentra en este país; pero sí está en esta capital el otro exmandatario salvadoreño, don Jorge Meléndez, que podría caber en lo posible, como mandatario que fué de El Salvador, de *saber* el asunto de «las aduanas intervenidas por culpa de un Sr...» Si el autor del libelo se refiere al Sr. Meléndez, en cuanto a comer «en el mismo plato con García Monge», esta aseveración raya en calumnia, porque tengo la plena seguridad de que mi distinguido amigo don Joaquín García Monge no conoce al ex Presidente de El Salvador, señor Meléndez. Hay más, el señor García Monge no ha escrito nada contra nuestra patria, El Salvador, ni tampoco contra nuestro distinguido Gobernante, doctor don Pío Romero Bosque.

Fernando C. García

Tarjeta

El Director del Seminario de Cultura Peruana, Jorge E. Núñez Valdivia, saluda fervorosamente al señor Joaquín García Monge.

Hace algún tiempo que ha dejado de visitarnos su hebdomadario. Mucho le agradeceré dar las órdenes del caso para que se reanude regularmente el envío. Nos faltan en nuestra Biblioteca los seis últimos números.

Le adjunto un trabajo mío, que ojalá pueda publicarse en *Repertorio*.

Irá pronto *Sillar*, órgano de la Sección de Arte de nuestro Seminario. Actualmente imprimimos los Boletines de las Secciones de Educación y Economía y Finanzas. Si usted fuera tan amable, muy agradecidos quedaremos si agrega a su proverbial *Tablero* una nota anunciando a los un mil lectores de *Repertorio* nuestro plan de estudio; la aparición de *Sillar* y de los Boletines de las Secciones de Pedagogía y Ciencias Económicas y Financieras; nuestro deseo americano de contar con todos los datos, apuntes, notas, bibliografía, etc., etc., de interés para nuestros estudios; y fijando la dirección general: *Seminario de Cultura Peruana. Apartado 229, Arequipa. Perú.*

Esperando noticias suyas y la recepción de su *Repertorio*, lo abraza cordialísimamente,

Jorge E. Núñez Valdivia

16. Diciembre. 1928.

La destrucción del Canal de Panamá

Mi estimado amigo: En interés de una más pronta y mayor circulación en Centro América, le remito para su Repertorio *el artículo adjunto en prueba; y aprovecho con mucho gusto esta ocasión para saludarlo y suscribirme de usted cordialmente,*

Jacinto López

New York, Feb. 4, 1929.

LAS operaciones navales en las maniobras de invierno de la armada de los Estados Unidos en la Bahía de Panamá durante los últimos diez o doce días de enero de 1929, han demostrado la vulnerabilidad del canal de Panamá.

La tarea de la Flota Negra, o flota enemiga, en el plan o la teoría de esta guerra de experimentación, era la destrucción del Canal, defendido por la Flota Azul, representada por la flota exploradora, antes de que el cuerpo principal de la Flota Azul, partiendo de Hampton Roads, en Virginia, pudiera llegar al Pacífico a través del Canal y establecer la superioridad de la Flota Azul.

Para el día final de las operaciones, la Flota Negra, o enemiga, había atacado las tres esclusas del Canal de Panamá y probado la inseguridad del Canal bajo la posibilidad de un bombardeo aéreo. El cuerpo principal de la Flota Azul, o flota de defensa, quedó así aislado en el Atlántico, y el dominio del Pacífico quedó así en poder de la Flota Negra o flota enemiga. La función militar y estratégica del Canal—la comunicación entre los dos océanos para la concentración y unidad de la armada de los Estados Unidos en tiempo de guerra—han demostrado que es aleatoria estas operaciones navales de invierno en la Bahía de Panamá.

El transporte de aeroplanos, *Saratoga*, de la Flota Negra, con cien aeroplanos a bordo, era la principal amenaza contra el canal. El 27 al amanecer, del transporte surgieron en el aire todos los aeroplanos de su carga. A las 8 regresaron los primeros informando que habían bombardeado las esclusas de Miraflores y Pedro Miguel. Media hora más tarde los segundos bombarderos anunciaban que habían completado su misión.

Este resultado es de supremo interés moral, político, internacional, de todo orden, a la luz de la historia del Canal, de la política de los Estados Unidos con respecto al Canal, del instrumento que es el Canal de Panamá en manos del Gobierno de Washington para las conveniencias y los requerimientos de sus designios imperialistas en el continente de países latinoamericanos.

Un canal *americano*, construído por el gobierno *americano*, bajo control *americano*, fué la síntesis de la política *americana* del canal cuando la Compañía Francesa fracasó. Esta síntesis respondía a la concepción del canal por los estadistas americanos como parte de la línea costanera de los Estados Unidos y como una vía militar de cuya seguridad dependía la seguridad nacional de los Estados Unidos.

En nombre, o en cumplimiento de esta política, Colombia fué desmembrada por la fuerza, con violación del tratado de 1864 por el que los Estados Unidos, en compensación de privilegios concedidos por Colombia, pero en realidad en su propio interés, garantizaban a Colombia la propiedad y soberanía del istmo; y una república bastarda, hija del crimen, fué creada, también por obra de la fuerza.

Sin esta desmembración y esta creación, la soberanía y propiedad del canal habrían permanecido en Colombia y la política *americana* del canal no habría sido posible en la realidad. Era indispensable que el canal fuera *americano*, para que los Estados Unidos pudieran fortificarlo y hacer de él, como lo han hecho, el centro de su poder naval, todo en interés de la seguridad del canal y de la seguridad nacional de los Estados Unidos.

La Enmienda Platt, que quebranta el solemne juramento de libertad de Cuba en la célebre Resolución del Congreso de los Estados Unidos, es otro insano fruto de la política imperialista del Canal.

Ahora bien, los resultados de las maniobras navales y militares de este año con el canal como objetivo de experimentación, descubren el fracaso de la larga política *americana* del canal; lo cual por lo demás, nada tiene de extraño ni de sorprendente, ni siquiera de nuevo, pues sólo la fatal ambición imperialista de los hombres de Estado de los Estados Unidos pudo haberlos cegado hasta el punto de no dejarles ver lo que estaba desde el principio tan claro para todos los hombres inteligentes, reflexivos e informados. La fuerza no asegura nada ni garantiza nada. Nada hay más engañoso y precario que la garantía de la fuerza. Nada hay más en peligro que lo que se confía a la guarda de la fuerza. Lo que la fuerza pretege la fuerza lo destruye.

La fe en la fuerza, que es la fe de la barbarie, condujo al gobierno de los Estados Unidos a la política equivocada y funesta, amasada con crimen, que con espada desnuda proclamaron con respeto al canal cuando la unión de los dos océanos por una vía navegable apareció como el gran problema y la grande hazaña del esfuerzo humano en este continente después de la ruptura del esfuerzo francés. En la lección de las maniobras navales de este año en Panamá, tienen hoy su desengaño. El canal americano, hijo de la fuerza, obra de la fuerza, es vulnerable a la fuerza. Todos los crímenes cometidos en interés de la seguridad militar del canal y su relación con la seguridad nacional de los Estados Unidos, han sido en vano. Su objeto era ilusorio. La seguridad del canal depende del azar de la guerra. Se ha perdido el tiempo.

Pero no sólo hay una lección negativa en los resultados de las operaciones navales de este año en Panamá por la armada de los Estados Unidos. Hay también y al mismo tiempo una lección positiva.

Y es ésta: La concepción del canal como una vía militar y un centro de poder militar marítimo, en interés de un solo pueblo, es una perversión del destino racional y natural del canal, que no es otro que el de una gran ruta comercial, para ser utilizada por todos los pueblos en un pie de igualdad, y para ser garantizada por la buena fe y el interés universal de todas las naciones de la tierra.

En esta concepción, el canal debió haber sido construido bajo un plan de colaboración económica de todas las naciones y de colaboración científica del grupo de potencias más importantes; y el status debió ser de internacionalización, un canal neutral para todo el universo, garantizado por un compromiso solemne de todas las naciones de respetar la neutralidad del canal.

El canal puede ser hoy un campo de batalla, sin más consecuencias que las naturales de la guerra. En estado de internacionalización, la violación de la neutralidad del canal tendría consecuencias muy graves para el violador.

La superior conveniencia de la política de internacionalización del Canal de Panamá sobre la política de militarización, es la lección positiva de las maniobras navales de enero de este año de la armada de los Estados Unidos en la Bahía de Panamá.

Los efectos de un cambio semejante en la política del canal, en las relaciones de las dos Américas y en el equilibrio y la paz del continente y del mundo entero serían profundos y trascendentales. La actitud toda de los Estados Unidos respecto a los países antillanos y centroamericanos, especialmente respecto a Nicaragua, cambiaría radicalmente en consecuencia. La libertad de las naciones latinoamericanas, la amistad y la solidaridad internacionales americanas, recibirían un formidable impulso. Sería quizá el mayor progreso de la civilización en este continente.

El canal es naturalmente un patrimonio del género humano; y su propiedad y posesión, a través de un proceso de actos de fuerza, con fines fundamentales militares e imperialistas, por una sola nación, es una anormalidad y una inmoralidad.

Jacinto López

Blanco-Fombona, en el Paraguay

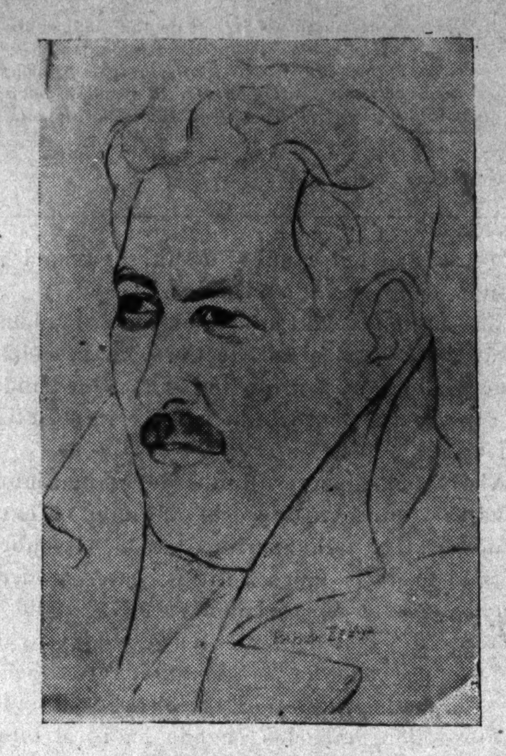
=De *El Sol*. Madrid=

Rufino Blanco-Fombona, el crítico, el novelador, el poeta, el panfletista de vida y alma tormentosas, es acaso el escritor venezolano mejor conocido en el Paraguay. Esta personalidad dinámica encierra uno de los temperamentos más proteicos y novedosos de que se tiene noticia en la actual literatura hispanoamericana. En su lira vibran las cuerdas más dispares. Acá explota en relámpagos de colera, allá se produce en un madrigal lleno de gracia y de ternura, para después sollozar en la elegía o celebrar con viril elocuencia la epopeya de los héroes. Como novelista pintó la vida social americana y su imponente naturaleza; como historiador perspicuo, elocuente, infatigable, vindicó los valores calumniados de la raza; como crítico produjo páginas macizas, fuertes, originales, de ponderada belleza; como poeta figura entre los mejores. Y a las excelencias del escritor agrega su historia—y hasta su leyenda—de hombre de luchas, de gestos y gestas ejemplares. Su altivo destierro de veinte años lo entronca en la familia espiritual de los grandes proscritos de América, con Montalvo, con Martí, con Alberdi, con todos aquellos que en el continente hispano, creyendo vivir con el alma desgarrada fuera de la patria, no hicieron sino ensanchar el ámbito de esa patria hasta las playas remotas por donde pasearon su viril melancolía.

Tal es Blanco-Fombona, tipo representativo del escritor americano. Por todo ello fué acogido con singular entusiasmo en todos los países de Hispanoamérica el gesto de los intelectuales españoles que lo propusieron para el premio Nóbel de literatura. ¿Quién como esta individualidad poderosa encendida en llamas de justicia y alimentada con las corrientes culturales más dispares, en quien sobrevive el patriotismo continental de la era bolivariana, tan notoriamente señalada para que en él se premiara la labor mental de nuestras jóvenes repúblicas?

El Paraguay, sobre todo, no pudo permanecer indiferente ante la propuesta de los escritores peninsulares. Y es que, aparte de sus quilates de escritor, tenemos los paraguayos motivos muy particulares para admirar y hasta para exaltar la figura de Rufino Blanco-Fombona.

¿Quién no conoce la leyenda heroica de la tierra paraguaya o no ha vislumbrado un resplandor siquiera de la inmensa hoguera que alimentó sobre su suelo



Blanco Fombona

Por *Pablo Zelaya*

el choque de cuatro naciones americanas? La cólera del soldado paraguayo en la jornada de 1865, en defensa del terruño invadido, es digna, ciertamente, de una *Ilíada*; pero más admirable resulta la causa de aquel heroísmo, el ideal al cual se sacrificó hasta el aniquilamiento un pueblo de agricultores, rodeando con fidelidad sin ejemplo a su férreo Presidente. El Paraguay, convertido, en un vasto erial removido de un confín a otro confín por el hierro de las metrallas, sobre el cual vagaban sin hogar y sin pan un centenar de niños inválidos y de mujeres escuálidas, dió al mundo esta lección consoladora, que nos reconcilia con la especie humana: que existen sobre la tierra pueblos para quienes algunos postulados del derecho público conocidos bajo el vago nombre de principios de nacionalidades, principio de la fuerza obligatoria de las Convenciones, principio de la igualdad, libertad y solidaridad de los Estados, tienen una existencia tan necesaria que sacrifican a su conservación o sostenimiento su poderío y su riqueza, en un impresionante holocausto colectivo.

Todo eso es cierto. Pero también es cierto que el Paraguay quedó tan aniquilado que se encerró en un mutismo de medio siglo. Aquella tragedia tan tremenda hirió de tal modo al pueblo, que pareció mutilarle hasta el pensamiento. La poda inaudita dejó a la nación sin escritores. Es más: en la tormenta se perdió, y de una manera definitiva, hasta la música del himno nacional; vale decir la patria hecha melodía, que otrora se elevaba del corazón del pueblo a sus múltiples bocas, y de sus múltiples bocas hacia las constelaciones familiares, presidiendo los acontecimientos de su historia.

En vano voces aisladas de algunos espíritus superiores, en vano Alberdi, en vano Eliseo Reclus, en vano D. Juan Valera, siguieron defendiendo en la causa del Paraguay vencido la causa de sus propios ideales. En vano. Los vencedores difundieron por el mundo una historia convencional y la leyenda de la tiranía de Solano López. El nombre del Paraguay fué proscrito de todas partes, hasta de las antologías. Los vencedores, después de retacear el territorio paraguayo, retacearon hasta el caudal de nuestra cultura y llegaron a ornamentar sus historias literarias con libros, escritores y civilizadores paraguayos.

Precisamente prologando una antología de poetas americanos Blanco-Fombona protestó contra esta especie de interdicción que borraba el nombre paraguayo de todas las obras de esa índole. Hace de esto años. Blanco-Fombona no conocía entonces la literatura del Paraguay, pero conocía la historia del Paraguay, y la resumió en páginas de conmovedora elocuencia: «Una raza semejante, una raza que ha llenado con sus gestas el máximo capítulo de la historia contemporánea de América, una raza así—concluía el gran escritor—, tiene que tener su poeta, su cantor, el bardo épico que celebre en sus epinicios las hazañas de sus mayores».

No hay paraguayo que no conozca esa página de Blanco-Fombona. Hasta los hogares más humildes ha llegado la voz del escritor venezolano. Y el pueblo paraguayo, que tiene una singular capacidad para la admiración, para la gratitud, y que jamás olvida a aquellos que honraron su infortunio, cuenta a Rufino Blanco-Fombona entre sus grandes afectos.

J. Natalicio González

Asunción y noviembre de 1928.

El Pacto y el Senado

=De *La Voz*. Madrid=

Se vuelve a hablar en los periódicos del Pacto Kellogg. Parece que los señores senadores de los Estados Unidos lo discuten. Suponen los señores senadores que la Doctrina Monroe no queda bien a cubierto de cualquier conato en que se pretenda equiparar una República hispanoamericana a cualquier pueblo soberano del mundo. Según los señores senadores yanquis, el Pacto debería contener una cláusula concebida, más o menos, así:

«Las repúblicas americanas no pueden ser consideradas como potencias autónomas por lo que respecta a los Estados Unidos. El Pacto Kellogg no invalida con respecto a ellas la doctrina de Monroe como nosotros—U. S. A.—la interpretamos y la interpretemos».

En vano les dice el presidente Coolidge a los señores senadores que la doctrina de Monroe queda salvaguardada, que «todo ha sido previsto» (textual).

No basta a los señores senadores.

Habrá que explicarles que los tratados públicos pueden contener cláusulas secretas y aun enseñarles la cláusula. Tal vez la cláusula sea más previsora y vaya más lejos que los señores senadores de los Estados Unidos.

* * *

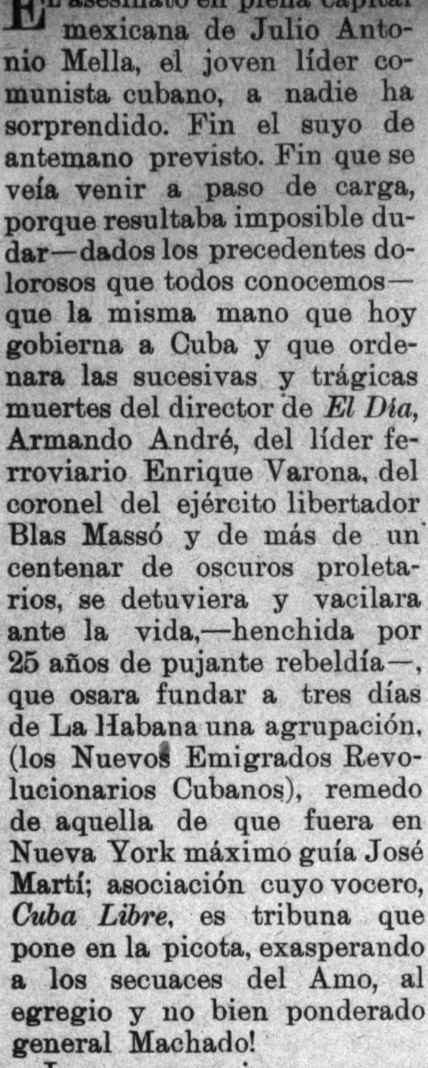
Pero ¿qué significa, en dos platos, el Pacto Kellogg?

Significa, en primer término, bajo la careta humanitaria de proscripción de la guerra, un acuerdo entre grandes potencias imperialistas. Un acuerdo en que se reconocen recíprocamente, de seguro, zo-

(Pasa a la pág. 128.)

Cartel número 1

Para *Repertorio Americano.*



El asesinato en plena capital mexicana de Julio Antonio Mella, el joven líder comunista cubano, a nadie ha sorprendido. Fin el suyo de antemano previsto. Fin que se veía venir a paso de carga, porque resultaba imposible dudar—dados los precedentes dolorosos que todos conocemos—que la misma mano que hoy gobierna a Cuba y que ordenara las sucesivas y trágicas muertes del director de *El Día*, Armando André, del líder ferroviario Enrique Varona, del coronel del ejército libertador Blas Massó y de más de un centenar de oscuros proletarios, se detuviera y vacilara ante la vida,—henchida por 25 años de pujante rebeldía—, que osara fundar a tres días de La Habana una agrupación, (los Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos), remedo de aquella de que fuera en Nueva York máximo guía José Martí; asociación cuyo vocero, *Cuba Libre*, es tribuna que pone en la picota, exasperando a los secuaces del Amo, al egregio y no bien ponderado general Machado!



Julio Antonio Mella

Las voces amigas que nos llegan de México, reconfortan nuestros espíritus. Allá se sabe que crimen político fué el de Mella. Pero, sabiéndose aquí también, no se puede decir. Nuestra prensa — *Heraldo de Cuba*, *Excelsior* y *El País*, son del gobierno, y a los demás se les ha dicho de orden superior lo que tienen que decir—calificar de pasional el burdo asesinato. Y tratan de convencer a un pueblo que se ha tornado incrédulo ante las repetidas tomaduras de pelo que le han sido prodigadas, que por celos de una mujer un amante despechado truncó la vida del batallador cubano.

Es necesario que América y el mundo sepan lo que acontece en Cuba. Es necesario decir que el general Gerardo Machado, electo constitucionalmente presidente de la república en 1.º de nov. de 1924 por un período de 4 años, acaba de reelegirse, (en igual fecha de 1928), por 6 años, tras haber alargado el mandato presidencial mediante la reforma de la carta fundamental del Estado por una Asamblea hechura suya de que fueron máximos animadores don Antonio Sánchez de Bustamante, el sexagenario internacionalista que presidiera la Sexta Conferencia Panamericana, el doctor Viriato Gutiérrez Valladón, secretario de la presidencia y Senador habanero, y el profesor Enrique Hernández Cartaya, ex-Secretario de Hacienda y ex-Rector de la Universidad de la Habana.

Es necesario decir también que en Cuba no existe oposición. Que los partidos Liberal, Conservador y Popular están incondicionalmente al lado del Jefe. Que al Nacionalista—alentado por Carlos Mendieta, Enrique José Varona, Cosme de la Torriente, Juan Gualberto Gómez, Octavio Seigle y la juventud intelectual izquierdista—le fué negada la inscripción para participar en la lucha comicial por el Tribunal Supremo de Justicia (!), motivo por el cual Machado fué candidato único. Que el pueblo perece de hambre en tanto se hacen parques y avenidas y se edifica un Capitolio de 15 millones. Que las desapariciones misteriosas y las muertes fulminantes ya a nadie aquí asombran. Que las recomendaciones de «viajar para restablecer la salud perdida» a persona alguna tampoco sorprenden. Que el empadronamiento de todos los tildados de no afectos a la situación es un hecho. Que el franco contubernio con las dictaduras del Perú y Venezuela, consta en los cables, mensajes, acuerdos congresionales y mútuos obsequios, hechos públicos. Y que cada día que pasa se compromete más el porvenir de esta tierra en la que el imperialismo yanqui tiene invertidos más de mil quinientos millones de dólares, y en que una dictadura, (que ensalza cada veinticuatro horas en discursos y artículos los regímenes de Gómez y Leguía, de Primo de Rivera y Benito Mussolini), ha convertido a Cuba en feudo de unos cuantos... Olvidando el apotegma de Martí, Nuestro Señor: «Cuidado: que el que se sienta sobre los hombros del pueblo, de una sacudida del pueblo viene abajo...»

Virgilio Ferrer Gutiérrez

La Habana, Enero del 29.

P. S.—Escritas las precedentes líneas, una voz amiga me dice que cometo tamaña imprudencia en autorizar con mi firma y fechar en la propia Habana, artículo «tan fuerte». Y yo—recordando al Apóstol—le he respondido: «no es un hombre honrado el que no se atreve a decir lo que piensa», aparte que «el que no sabe despreciar la vida, no la merece».

Que éste,—o los artículos que habrán de seguirle y que publicaré en diversos periódicos de América y Europa—, me abra las puertas del destierro, de la cárcel o de la tumba, no me arredra... Tal vez en la lucha que ahora entablo, vaya yo a perder... Pero voy!—*V. F. G.*

A los amigos de México

Cuando José Rafael Pocaterra, el gran castigador, puso en la picota al «último payaso» y el dictador del Rimac pidió al del Morro que se le instaurara un juicio, los secuaces de la Habana, y los de Lima, y los del Ávila batieron palmas acompañados de los coros de servilismo que tiene desparramados por todas partes... Pero olvidaba Pocaterra la parte trágica de los mandones...

Pone frío en el espíritu, compañeros, el terrífico drama de México, el audaz asesinato perpetrado por los sicarios de Machado. La sangre de Julio Antonio Mella es un alerta tremendo para los hombres de pensamiento y de acción. No hay que olvidar el aspecto trágico de los payasos tropicales. Tengo por cierto que en los conventículos de los despotismos hay otras cifras que sumar a la última unidad que las balas aleves redujeron a cero. El momento es grave y hondo. Que nos hable Pocaterra. Que diga de nuevo si estuvo bien su denominación y si debemos estar prestos a la protesta o listos para la carcajada.

Son trágicos los momentos. Los hombres de pensamiento y de sabiduría no se improvisan, ni se improvisan los de acción. No hay, en cambio, que improvisar los sargentos. Estos siempre están formados, y listos para el atrape, para el asalto, para el delito...

En los momentos mismos en que las balas traidoras se-

gaban la vida de Antonio Mella, los conventículos de San José y Panamá lanzaban a la ignominia del destierro a Lumen y a Haya de la Torre, y la prensa de los tiranos, que la hay en todas partes, los perseguía con la calumnia, y con la insidia y con el dolo... Una carta de Haya, que publica el *Repertorio*, dice de su odisea en Alemania, perseguido por las informaciones terribles de sus deportadores; una de Lumen, de su expulsión de Guatemala, provocada por la prensa que lo precedió... Un crimen, y otro crimen, y otro luego...

Ya había producido sus frutos la obra de la calumnia: la calumnia exterior e interior. Haya había descubierto un *modus vivendi* en su dolor de desterrado, y lo había descubierto Lumen, y lo hemos descubierto todos. Esto era para dentro de las paredes de casa. Para lo ajeno eran gente peligrosa y atorrante dignas de persecución, y de castigo, y de muerte... Sobre los lomos se les puso un rótulo de ignominia que les cerraba el paso del mundo civilizado. Los sargentos tragi-cómicos de San José y de Panamá habían concentrado el mundo en sus cubiles y habían matado de muerte civil a los que habían echado de sus dominios...

Los apristas de París, férvidos aguardan a Haya y repararán su daño; Magda Portal, y Pavletich, y Diego Rivera, y Humberto Tejera, y el noble Aristeguieta acogieron con su calor a Enrique Lumen. Pero, ¿quién recoge a Mella? ¿Qué se hizo el verbo vibrante, la palabra cálida del otro apóstol de los perseguidos? Ya Julio Antonio no está en la tierra que tanto amaba. Segó su vida la reacción traidora, la saña del déspota que todo lo corrompe con el oro vil, con la moneda infame. Lumen pudo llevar sobre sus hombros el cadáver del último caído, pero Haya estaba muy lejos y no pudo poner su dolor junto al de sus cofrades mexicanos. Tampoco lo pudimos nosotros, que al dolor de Mella sumamos los dolores de Haya y los de Lumen.

Compañeros mexicanos, los «últimos payasos» se han hecho trágicos. Ya no dan risa. Recojamos el guante que nos arrojan los que estemos dispuestos a desafiarlo todo: tormento, deshonor y muerte. El crimen nos acecha en la primera encrucijada: vivamos preparados para el sacrificio. Ya tenemos hechas las necrologías, y están hechas por los «justificadores», por los filósofos de los despotismos, por los agentes encubiertos de todas las violencias, de todas las infamias, de viles ignominias... Compañeros de México, pensemos en la obra de Mella y recojámosla; pensemos en la de Haya, y prosigámosla; pensemos en la de Lumen, y asesorémosla. Aceptemos el reto de los «payasos trágicos», que somos más fuertes que ellos. Lo prueba el hecho de que nos asesinen por la espalda...

J. C. Sotillo Picornell

Febrero 10, 1929.

Apología del dolor

Son éstos, fragmentos de un libro que en breve se editará con el mismo título que los encabeza.

Bueno, y qué importa, si todo este dolor me santifica. El río tiene irisaciones cuando la corriente da contra las piedras y se convierte en espuma. Aprendamos a hacer del alma un diamante: a cada golpe del mundo, una faceta más, para que un día sea toda luminosa.

*

El dolor sufrido y comprendido nos lleva a la serenidad, que es el camino de los dioses. Dichoso el que pudo ser sereno en los momentos culminantes, pero más dichoso aún el que lo pudo ser siempre, porque ése va en camino de la divinidad.

Goethe, por lo que tenía de sereno, parecía un dios.

*

El dolor, tal como se concibe comúnmente, es una creación de los hombres. El dolor es tan natural y tan espontáneo dentro del orden de la naturaleza, como el calor o como la expansión. Todo vive a base de dolor: desde una nube que se rompe para que el agua fertilice la tierra o para que salte el rayo inebriante; desde el capullo que se rompe para dar una mariposa o el botón que se abre para dar una flor, hasta el dolor bíblico de la madre para que exista un sér, todo está divinamente santificado por el dolor.

*

El dolor es el creador. Se es grande cuando se ha llegado a la cicuta o cuando se ha tenido la celeste gracia de llevar la cruz.

Job es más grande que Napoleón cuando aquél en su miseria está más cerca de Dios.

*

El dolor es el creador; no lo temas. Cuántos hombres huyen del dolor y, sin embargo, en él está el sentido de la vida!

Al conocimiento se va por el dolor.

Al amor se va por el dolor.

A Dios, que es Amor, se va por el dolor.

¡Ay del que sólo busca los deliquios efímeros! La verdadera alegría está en convivencia con la pena. Aprende: sólo en el dolor se crea. He ahí el secreto.

Mata el dolor con el dolor. Busca *La Perfecta Alegría* de Francisco de Asís.

Nervo ha dicho: «Al dolor y a la muerte hay que verlos cara a cara; son dos océanos imponentes y terribles desde la orilla; pero cuando en ellos nos sumergimos, cada una de sus olas nos trae una delicia nueva».

*

El amor, el verdadero amor, sea el pasional o el divino, es fuente de dolor. Mientras el que ama no haya sentido venir a los ojos un dulce lloro ni haya apagado un sollozo en la soledad, no ha sentido bien su amor. Nada tan dulcemente melancólico como el amor.

*

Lo que se ha dicho de ciertos libros sagrados podría decirse del dolor: a veces hasta los niños pueden nadar en sus aguas, mas en veces se hunden en ellas hasta los gigantes. Flotará dulcemente, en un arrobamiento espiritual, aquél que haya logrado connaturalizarse con su esencia sutil.

*

Es a veces tan intenso y persistente el dolor, y obra con tal fuerza centrípeta, que hace vibrar todas las células en la dirección de su objeto, infiltra toda la naturaleza densa del cuerpo y éste se convierte todo en dolor, pero en dolor obcecado y nervioso, en idea fija que enferma, no sólo al espíritu sino también al organismo que puede quebrantarse gravemente.

Se crea entonces tal cúmulo de vibraciones en los planos superiores de la existencia, que el dolor irradia formas dolorosas, de una angustia constante, y matiza con su trágica coloración todos nuestros actos.

Sólo una gran fuerza moral, una gran confianza en sí mismo, una clara idea de Dios, salvarán al hombre de ese estado horrible.

De tu dolor nacerá tu dios

si antes no ha nacido de tu amor.

*

A veces una angustia súbita, un dolor inexpresable, recóndito, os ha puesto tristes. Entonces renegáis de la vida y la halláis inútil y dolorosa. No, hombres! Pensad que esa oleada de melancolía no es más que la avenida del pensamiento amargado de los otros seres que, sin control interior, dieron campo a la angustiosa pena.

Un pensamiento de alegría o un pensamiento optimista os salvará y repelará la oleada peligrosa.

La alegría serena es el regocijo de los dioses.

*

Cuando el dolor es una prueba, es un derrumbe constante, un caer de montañas que se desmoronan y cada una más grande que la otra. Hay una tregua, viene un poco de paz, y vuelve el asalto desconocido y tremendo a poner la inquietud en el corazón y a aguijonearnos el alma.

Así, en el torbellino inclemente, caen los débiles, naufragan los hombres sin orientación.

*

Sólo será grande aquél que resista a tanto embate con el ánimo sereno; porque luego todos los tropiezos y todas las penas se convertirán en auxiliares magníficos para la evolución.

*

Cuando el torbellino nos lleva y caemos en angustia, una mirada a lo alto hará que Dios nos levante; y de la propia tierra, como a Anteo, recibiremos el valor y el triunfo.

Ningún vínculo tan hondo, ningún lazo tan fuerte como el de la comunidad en el dolor. Cuando varios seres han sido golpeados en un mismo tono doloroso, se hermanan, se consuelan con la pluralidad de su pena. La confidencia, en ese caso, es un paliativo precioso, aunque a veces aviva la pena y la renueva. Pero como los enamorados se comunican con alegría sus incidentes de amor y sienten así un especial deleite, *los doloridos* se juntan en la comunión de su pena y sienten un deleite íntimo.

El dolor, como el amor, junta las almas.

*

No hay nada tan eficaz para hallarse a sí mismo como un gran dolor. En la pena, el hombre se cree solo y aunque sea Cristo, gritará: ¡Dios mío, por qué me habéis abandonado! Así, en la soledad de su pena, en la amargura de su soledad, descreído de todos los amigos que en la hora propicia huyeron; lleno de su amargura infinita, encontrará un compañero íntimo: su alma.

El *yo* magnífico surge en el hombre como la flor en la planta, por una eclosión dolorosa, por un desgarramiento. Desde ese momento, el hombre, hallando a su alma, se halla a sí mismo, y es un sér superior. Entonces habrá hallado la naturaleza divina de esa alma y llegará a comprender a Dios, regazo del oprimido, aliento del triste, único refugio del hombre en llanto.

La idea de Dios es un ala que nos mantiene en el espacio, en un vuelo majestuoso, y nos aleja de la amargura terrena, del limo que mancilla y mata.

*

Por incomprensión, no hay para los hombres dolor más tremendo que la muerte. La idea de la muerte les espanta. Una enfermedad cualquiera les trae la idea de su posibilidad y ven con horror la hora en que deban abandonar las comodidades y placeres fáciles de la tierra, para ir a purgar culpas, más allá de la vida.

¡Oh inútil pena! y qué falta de comprensión de lo que implica la muerte. Piénsese solamente en que si un *guía divino* nos condujo a la tierra, Él mismo nos llevará en la peregrinación post-umbra, como Remero que lleva la barca donde vamos dormidos, a través del piélago sublime.

La muerte es sólo la Paz, la divina Paz. Y es como la semilla que se pudre bajo la tierra: revienta en el tallo opimo.

*

Protágoras dió una clave feliz: «El hombre es la medida de las cosas». Pero podría agregarse: «El Dolor es la medida del hombre». Un hombre se crece cuando lo ha invadido el dolor, se magnifica a veces, según la magnitud de la pena, llega el sér a adquirir la sublimidad de una vida superior. Así, Buda es el hijo más grande del Dolor y Cristo es su representativo más sereno, más puro.

Si el amor no llevara en sí la posibilidad del dolor, no sería tan grande. Lo que hay, o lo que puede haber de dolor en el amor, ennoblece el sentimiento, hasta lo infinito. Cuando está posible de perderse lo que se ama o cuando se ha perdido, la angustia del corazón es inmensa. El amor se sutiliza con los sollozos en la soledad y con la melancolía del recuerdo.

Ah! cuántos hombres tendrán que agradecer mucho a la vida la porción de dolor que tuvieron!

*

El dolor es sensación; sensación física o moral. El niño aprende en la dolorosa experiencia de cada momento. Dos veces cae de un mismo sitio. Tal vez la tercera no caerá. Acerca la mano a la llama y la retira bruscamente, con el dolor de la quemadura. Otra vez no llegará la mano hasta la vela. Ha tenido la experiencia a costa de un dolor físico. Así el alma: liba el dolor, solloza, pero luego renace en la paz de su experiencia. Nada hay tan profundamente revelador como el dolor. La sensación dolorosa en nuestra naturaleza interior da brillo al alma y pone a la concien-

CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO DEFENSOR DE LA SOBERANÍA NACIONAL DE NICARAGUA

El Chipotón, Nicaragua, C. A., enero 3 de 1929.

Señor

JOAQUÍN GARCÍA MONGE,

San José de Costa Rica.

Apreciable señor:

Cábeme el honor de saludar a Ud. afectuosamente y hacer de su conocimiento que he recibido la cantidad de $ 122.50-ciento veintidós pesos cincuenta centavos—oro americano que por el digno medio de nuestro Representante en el Exterior, señor FROYLÁN TURCIOS, residente en Tegucigalpa, Honduras, se sirve usted enviarnos para el sostenimiento del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua.

Me es grato rendir a Ud. y a las personas que han dado su óbolo para darnos muestra de su solidaridad en la Causa que defendemos, nuestras gracias más expresivas.

Tengo a mucha honra suscribirme de Ud. fraternalmente.

Patria y Libertad.

(f) A. C. SANDINO.

cia en aptitud de comprenderlo todo. Dichoso el que pudo en la mocedad abrevarse en estas aguas porque éste *no tendrá sed jamás.*

*

El dolor nace de la relación de las cosas, del contacto con el mundo. Una llave para que el dolor se destruya es destruir antes las causas que han de producirlo. Los deseos de los hombres engendran el dolor. Matar el deseo es haber procurado que no nazca la pena. Siempre será mejor para la paz humana obtener la experiencia de una vida sin necesidad del puente de la pena. Las lágrimas enseñan, pero la mansedumbre beatifica. Quien logra desterrar de su interior el interés mundano de las cosas y se desliga de las relaciones que crean el dolor, habrá pasado con alas por el Valle de Lágrimas.

*

Si el mismo hombre—con los brazos abiertos—tiene la figura de una cruz: por los pies surge del mundo, del Valle de Lágrimas; por los brazos es el sembrador y el implorante a la vez; y por la cabeza —que tiene la figura de los cielos—va a Dios.

*

El dolor físico es un vigilante de la salud. ¡Ay del enfermo a quien el dolor no le anuncie que una parte de su cuerpo está maleada! Así el remordimiento es el constante muecín que se asoma a la ventanilla del alma y está recordando al hombre su pecado. ¡Ay del culpable que no tenga el vigilante despierto que le esté recordando la pena de su mal! Porque en élla ha de purificarse como el otro ha de curarse arreglando su cuerpo. El remordimiento es el fuego en que se quema el alma para salir sin mácula de la llama, como Sita en el poema hindú.

*

Cuando se resiste estoicamente el dolor que nos deparan los hombres, veremos que sus pequeñeces, sus odios, toda su envidia por la gloria nuestra o por nuestro bien, sólo logrará hacer más saliente el marco que ha de deslumbrarlos.

*

Ah! Pero por encima de todo, por sobre el turbión horrible, que flote la Esperanza, como en los bordes de la caja mitológica!

Esperar! Esperar!

El dolor se amengua con la melancolía de la espera y pronto se levantará la aurora de una paz profunda.

Rogelio Sotela

San José, Costa Rica 1929.

El niño del San Cristóbal

(Primer premio en el concurso de Cuentos de Navidad organizado por *Los Tiempos* de Santiago de Chile).

La ciudad estaba de fiesta. Claveles y albahacas olían a Navidad en todas las calles; las voces de las campanas regocijaban el aire; empinábanse hasta muy alto los fuegos artificiales para derramar desde arriba la lluvia de sus flores luminosas, y era dulce como una canción de cuna el aliento de esa noche.

Más parlanchines que nunca, burbujeaban los niños en el patio de la *cité*, comentando jubilosos sus esperanzas: partirían unos al centro a contemplar la maravilla de las vitrinas en donde los juguetes semejan peces fantásticos oscilando en un acuario de luz; otros pasearían por la Alameda, entre los bazares, los puestos de flores y los de fruta nueva. (¡Oh, la tentación de los duraznos redondos, pequeños, tornasolados y tan bien olientes que se hace agua la boca de sólo mirarlos!) Los menos revoltosos se aprestaban a asistir a la capilla de las monjas cercanas, en donde entre nubes de nardos y arcadas de luces, se celebraría la misa del gallo.

—¿Y tú, Ramuncho? ¿A dónde vas?

No. El no lo diría.

Sentíase desasosegado. Ir a divisar las vitrinas, ir a la Alameda! En ninguna noche del año son tan lindas, pero... Aquello sería más hermoso si fuera verdad. Y sus ojos escudriñaban, como si quisieran interrogarle, a la mole del cerro que se alzaba allí delante, porqué la *cité* estaba situada, precisamente, en ese recodo en que la meseta santiaguina, cansada de ser plana, toma alientos y se marcha monte arriba, en busca de su madre, la montaña.

—¿No vas a salir, Ramuncho?

—Sí, más tarde.

—¿A dónde?

—Por ahí.

La soledad enseñó a Ramuncho a ser reconcentrado. Mamá no había conocido. Que murió, contábanle, antes de que él aprendiese a andar. El padre era flautista en una orquesta de un restaurant lleno de luces de las calles centrales, Apenas principiaba a declinar el sol partía con su flauta bien enfundada debajo del brazo y no regresaba sino después del filo de la medianoche.

El niño iba creciendo solo. Unas veces, al cuidado de alguna vecina; las más, teniendo que atender por si mismo a los propios menesteres y a los de su padre. Y cuando ya tenía bien regado y barrido el cuarto, e hirviendo el puchero en la cocinilla de hojalata, partía al San Cristóbal. Esos eran sus dominios. Conocía todos los atajos, las viejas canteras cerca de las cuales todavía montan la guardia retazos de muros de casas hace muchos años abandonadas; las grutas que formaron en los flancos roqueños las detonaciones de la dinamita; los rodados en que medran los guarenes, las piedras en que las lagartijas toman el sol. El San Cristóbal era su mundo, y el se sentía el amo de las cosas y los seres que lo pueblan.

Amo, pero no rey; porque alguien conocía el cerro mejor aun que Ramuncho: ño Lucas, un anciano alto, de ojos zarcos y luengas barbas. No había mañana en que no lo encontrara el sol explorando las quebradas en busca de un perdido filón. El niño le acompañó muchas veces y, trabada ya amistad, ¡qué de lindas leyendas del San Cristóbal no escuchara de sus labios! leyendas añejas que es una lástima que los niños de ahora no conozcan.

Y en esta noche de Navidad, Ramuncho iba... no. Yo no diré todavía su secreto!

* * *

Cuidando de que nadie siguiese sus pasos, partió de la *cité* y tomó el camino del cerro. Su almita fluctuaba entre la pena, la esperanza y la duda: quién sabe si no era verdad o ya no ocurriría el hecho que aguardaba. Y, por otra parte, no tendría ni un regalo de Pascua; nadie se acordaría de comprarle una flautita para aprender a tañer como su padre.

Comenzó la ascensión con pasos lentos. ¡Qué bulliciosa se escuchaba la ciudad desde el primer faldeo! Parecía un dragón de mil ojos, un dragón irritado y malévolo, bufando en la obscuridad de la noche. Las bocinas de los autos eran sus resoplidos; las voces humanas, llegadas de quién sabe dónde, conservaban ecos de lamentos.

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscrición y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Rep. Am.	₡ 25
José Guerrero	25
Octavio Jiménez	25
Alejandro Alvarado Quirós	25
Carmen Lyra	5
J. J. Salas Pérez	25
Angela B. de Guerra	25
Tomás Soley Güell	25
Jorge Ortiz E.	25
José A. Prada	10
Víctor Cordero B.	5
José María Zeledón Brenes	25
Carlos M. González	5
Manuel Obando	25
R. S.	10
Eduardo Carrillo	10
Ramón Zelaya	25
X X	20
Rafael Eduarte	10
Dr. Herdocia	25
Francisco Montagne	5
Leovigildo Arias	5
Alberto Moreno Cañas	15
Dídima Sánchez	3
A. Boza Cano	25
Escuela Mercantil Manuel Aragón	25
Sr. M. B.	50
Mario Fernández	5

Sin embargo, junto con ascender más esas voces amargas se apagaban y sobre ellas era grato escuchar el monótono saludo de las ranas, el violín de los grillos y, venido de muy cerca, el murmullo claro de una corriente de agua que bajaba cantando la ladera.

Dejando el camino ancho, internóse por una senda que sólo él frecuentaba.

Allí crecía la teatina tupida y temblorosa como una sementera. Anduvo algunos instantes apartándola con cuidado, y de pronto se detuvo. Miró hacia el cielo. ¡Ya! Ya las alcanzaba a columbrar. Porque era preciso subir hasta un sitio en que se divisaran las Tres Marías parpadeando sobre la frente de la Virgen del San Cristóbal! (Tal condición, aseguró el viejo que no podía faltar). Veía perfectamente las tres estrellas como si estuvieran inmóviles sobre la Virgen, y ésta, que iluminaba las sombras y bendecía con los brazos abiertos a la ciudad!

Ramuncho, como conocedor que era del cerro, tentó a su alrededor las plantas. No. Allí no crecían abrojos ocultos entre la rubia cabellera de la teatina. Confiadamente, entonces, se recostó en ella. ¡Lecho más tibio y perfumado no había conocido jamás! ¡Aun conservaban calor y fragancia de sol los finísimos tallos! Quién pensaría, al mirar el San Cristóbal desde la ciudad, que de cerca tuviese tan acogedor regazo! Las teatinas crecían casi tan altas como Ramuncho, de suerte que al ser holladas por su cuerpo, se arquearon formándole un dosel tenue y dorado. Arriba, el cielo estaba claveteado de estrellas encendidas en todos los ámbitos del azul, y abajo, la ciudad, vista desde allí, era como otro cielo con otras tantas estrellas fulgurantes en la oscura concavidad de la noche.

¿Serían ya las doce? Porque lo que el anciano aseguraba debía acontecer en el preciso instante en que las esquilas anunciaran el nacimiento del Niño Jesús.

Tendido en el lecho de teatinas, Ramuncho, cuidando de no hacer ruido, esperaba, esperaba.

De pronto, el aire entero se estremeció, cual si la voz de una campana grande como el mundo, vibrara en el espacio, y todos los murmullos de la noche se volvieron cantos. De una de las Tres Marías, descenció algo muy luminoso que cruzaba el cielo y venía a posarse sobre los brazos abiertos de la Virgen. ¡Era un Niño! ¡Era el Niño Jesús, que había nacido! ¡No le había engañado el anciano! ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Veía Ramuncho cómo el rostro que la gente cree inmóvil y de piedra sonreía; por un instante, Madre e Hijo se miraron cual si sostuvieran una extraordinaria conversación, y alcanzó a divisar después que, con infinita suavidad, la Virgen descendía de su pedestal e inclinándose hacia el bosquecillo de pinos que le sirve de escabel, depositaba blandamente en el suelo a su Divino Niño.

Lo que aconteció en seguida fué inesperado hasta para el propio Ramuncho. Ño Lucas le había dicho solamente que en la Noche Buena un Niño Jesús aparecía en los brazos de la Virgen del San Cristóbal; pero esto que ahora estaba presenciando, seguramente, el anciano no lo había visto nunca.

El Niño había echado a andar por las laderas del áspero cerro. Al caminar, extendía la diestra en igual ademán que los sembradores. Alguna alforja que Ramuncho no divisaba debía llevar junto a su pecho, porque acercaba su mano hasta el corazón y luego la extendía con amplio trazo, como si arrojara semillas a su alrededor. A cada paso del Niño florecía la tierra, y hasta en los intersticios de las piedras asomaban brotes. Los retamos cuajábanse de mariposas; mecía la topatopa sus jugosos capachitos, la verbena silvestre exhalaba su primorosa fragancia. El Niño seguía, repitiendo a cada paso el mismo ademán. Las estrellas, maravilladas, se acercaban a la tierra más grandes y más luminosas que nunca.

Ramuncho no pudo contenerse. Corrió. Quería llegar cerca del Niño; ver qué milagrosa semilla esparcía por el monte. Le volaban los pies. Su cuerpo se hizo tan liviano que sentíase arrebatado como un soplo en el aire de la noche pascual. Ya estaba en la zona de luz del Niño Dios. Presenció muy bien cómo llevaba el brazo hacia el pecho y luego lo apartaba en ademán de sembrador; pero lo que arrojara al camino, la milagrosa semilla, ésa no la veía.

—Niño Dios!—le dijo implorante —díme lo que siembras.

Le miró el Niño—así deben mirar las madres cuando vienen a ellas sus hijos—pensó Ramuncho. Así con tanta ternura y tanto amor!

—Haz, como yo,—fué toda la respuesta.

Y he aquí que Ramuncho a la vera del Niño acerca también la mano al lado del corazón, y luego la extiende en noble gesto. Y siente que junto con brotar flores entre los guijarros, su corazón se aligera de toda pena. Repite su ademán. Los abrojos deponen las cruces de sus punzantes hojas; los cenesios abren sus corolas semejantes a doradas margaritas; los espinos abaten sus púas y sus flores se encienden como chispas arrancadas del sol.

Andaban el Niño del cielo y el de la tierra juntos, sembrando la semilla invisible. Nunca experimentara Ramuncho felicidad semejante. No sabía que pudiera existir una alegría como ésa. Las luces que marcan la subida del Funicular, parecían la escala de Jacob, y los focos de los caminos, guirnaldas de astros recien nacidos al mundo de las estrellas.

¡Navidad! Gloria a Dios en las alturas!

Despertaron alborozadas las diucas; luego los zorzales añadieron su canto al fino trino de sus hermanas; bandadas de tordos, de lloicas y de triles formaron un coro de música aérea que llenaba el espacio.

Una claridad de oro apareció tras la montaña.

Se detuvo el Niño y dijo a Ramuncho:

—Desciende a la ciudad y haz como yo.

Ilumináronse la tierra y los cielos. Miró a todos lados Ramuncho. Su compañero ascendía en el primer rayo de sol, rumbo a su mansión celeste.

—¡Llévame contigo!—exclamó Ramuncho.

Mas, los ecos del monte no repitieron su frase, sino la del Niño:

—Desciende a la ciudad y haz como yo.

No supo darse cuenta Ramuncho de cómo se encontraba en el mismo sitio en que había percibido por vez primera a las Tres Marías brillando sobre la frente de la Virgen. Estaba de pie en su lecho de teatinas y había salido el sol. Extendió la diestra, tal como se lo había enseñado el Niño, en amplio ademán de sembrador. En la maravilla del alba, cada picacho de la montaña adquirió relieve y fulguró como brasa de un inmenso incensario. La atmósfera se tornó tan pura, tan clara, que permitió contemplar todo el valle con sus sementeras, el río que desliza sus anillos de plata al borde de la ondulada falda del San Cristóbal, y la ciudad que parecía un gran nido fabricado con hojas, con ramas y guijarros en el materno regazo de la tierra.

¡De suerte que no era un sueño, que bastaba obedecer al Niño y arrojar la invisible semilla para que el mundo apareciese transfigurado!

Bajó a la ciudad. De pasó, en el descenso, cortó un tallo de cañas, fresco con el rocío mañanero. Lo acercó como una flauta a sus labios y una tonada más hermosa que todas cuantas había oído hasta entonces, se extendió por los flancos del monte y fué a confundirse con los primeros ruidos de la ciudad que despertaba.

Las gentes de la *cité* que le vieron llegar y su padre, que le esperaba ansiosamente, al oír los sones de la flauta sintieron que todas sus cuitas y sus penas se iban lejos, aligerando de su fardo el corazón.

—El Niño Jesús ha nacido. Yo le ví en los brazos de la Virgen del San Cristóbal. Anduvo conmigo y me ha enseñado a sembrar.

Ramuncho no lo olvidó jamás. Creció. Se hizo mayor. De él decían las gentes:

—Es un hombre que obedece a Dios.

Iba por el mundo sembrando su corazón. Y a su paso, florecían la belleza, la alegría y el amor.

Amanda Labarca

Santiago de Chile, Navidad de 1928.

El Yúmare

Danza sagrada de los tarahumaras

Los tarahumaras, indios de la Sierra Occidental de Chihuahua o Sierra Tarahumara, que generalmente viven aislados en chozas construidas en las cimas de las montañas, en vallecitos donde hallaron la parcela de tierra para su cultivo de maíz, o en cuevas a la orilla de las barrancas donde se refugian huyendo de los rigores del invierno y de las inclemencias del clima, se reunen de tiempo en tiempo para las *tesgüinadas* o embriaguez colectiva; o bien cuando sienten la necesidad de dar gracias a Dios por los beneficios que recibieron o para implorar alguna merced divina. En éste último caso, se dan cita para celebrar una fiesta religiosa en la que cantan, danzan y comen. La fiesta se conoce con el nombre de *Titiguri*; la danza se llama *Yúmare* y la comida *Tónari*.

La ceremonia es una mezcla de prácticas paganas, de creencias indígenas y de ritos católicos.

Fué en el pueblo de Cieneguita, del Municipio de Urique, a una jornada de la grandiosa e imponente barranca de *El Cobre*, notable por su profundidad y salvaje contextura, donde tuve oportunidad de presenciar esta ceremonia, una de las más interesantes para conocer las costumbres y las creencias de los indígenas del Occidente de Chihuahua.

La víctima escogida para el sacrificio propiciatorio fué una res; pero puede ser una cabra o un carnero... Para comprarla, se cotizan todos los que toman parte en la fiesta, según sus posibilidades económicas. Otras veces, suele ser el gobernadorcillo de la tribu quien la obsequia. No sólo asisten los vecinos de un pueblo o ranchería, sino que toman parte dos o más pueblos amigos. Vi a los de Munérachic asociados a los de Papagichic, y a los de Basíguare con los de Guadalupe.

El sitio que escogieron para orar, fué una meseta rodeada de pinos. Hacia el Oriente levantaron el altar; lo improvisaron con tablas de ocote labradas, colocadas sobre rústicos soportes. En la parte posterior de éste, levantaron tres grandes cruces, dos de metro y medio y una de mayor altura, siendo ésta colocada en la parte de enmedio. Cada cruz estaba cubierta con un lienzo blanco y encima colocaron unos rosarios fabricados con semillas redondas, brillantes, conocidas con el nombre de *lágrimas de San Pedro*, las cuales sirven de cuentas. Tanto las cruces como el altar quedaron situados bajo un arco hecho de varas y adornado con multitud de flores silvestres. A un lado del altar, se ve la víctima sacrificada, que es un toro. Llenaron con sangre una copa de barro y la depositaron al pie de la cruz del centro; cortaron grandes tasajos de carne, las pezuñas, peritoneo, etc., y todo esto junto con un poco de agua y una petaquilla con pinole, lo depositaron en el altar. Hecha la ofrenda, se inicia el *Yúmare* o danza sagrada; pero antes, un indígena con un saumerio inciensa al rededor del altar levantando la copa hacia el Sol, volviendo a incensar hacia los cuatro vientos, da una vuelta, se santigua y continúa incensando en la misma forma que lo hizo la primera vez.

Los danzantes son dos y cada uno de ellos está provisto de una pequeña sonaja que agita de tiempo en tiempo según el ritmo de la danza, marcando el compás de un canto monorrítmico, infinitamente triste. La danza, consiste en una serie de pasos, en pequeños saltos ejecutados desde el altar hacia el público y viceversa. No se inicia sino después de haber sido incensados los danzantes a fin de quedar purificados de toda culpa. Frente a la pareja de hombres baila otra de mujeres, las cuales cambian de lugar, situándose en el sitio en que bailaron los primeros y éstos ocupan el de ellas. No sólo danzan los adultos sino que también los niños de uno y otro sexo guiados por sus padres o por indígenas prácticos en el baile. Esto lo hacen para educar a las generaciones futuras y conservar así las tradiciones de la raza. El canto es sencillo, monótono, una simple melodía sin palabras. A veces simula el canto de un ave agorera y otras, quejas lastimeras no pasando de unos cuantos compases y notas largas. Lo entonan desde las primeras horas del día de la fiesta, toda la noche hasta el alba del siguiente día. La transcripción musical, dará una idea de lo lúgubre y cansado de dicho canto.

Pregunté a uno de los asistentes, a un anciano de los iniciados en los misterios del *Yúmare* por qué no pronunciaban palabra alguna al cantar y me manifestó: «que con la melodía querían imitar a las aves que cantan sin palabras, ya que tales seres por su vida aérea, por su vuelo y por su pureza, están más cerca de Dios».

La danza suele ser acompañada por dos músicos de los cuales uno toca violín y otro guitarra. Los indígenas que asisten a la ceremonia, los que no toman parte directa en la danza o en el ritual, permanecen sentados en cuclillas, sombríos, respetuosos y hieráticos frente al altar en el que se coloca la ofrenda ante las cruces, cuyo perfil se dibuja en el lienzo que las cubre.

Cuando ha sido sacrificada la víctima y cortadas las partes para la ofrenda, proceden a descuartizarla enviando la carne a las grandes ollas preparadas de antemano para hervir y aderezar después el guiso. Generalmente el número de ollas está en proporción con el número de individuos que asisten a la fiesta.

Hay un momento en que cesa la música y todos se ponen de pie. El Gobernador de la tribu, acompañado de otras autoridades se dirigen hacia altar; dan una vuelta al rededor de éste, se santiguan, hacen una reverencia en cada cruz y se sitúan frente al público. El Gobernador, con toda la gravedad del caso, pronuncia una arenga exhortando a los indígenas a permanecer atentos y respetuosos en la práctica de la ceremonia a fin de que los dioses les sean propicios. Cuando termina de hablar, el capitán dirige una plática al público ratificando lo dicho por aquél. Los indígenas inclinan la cabeza en señal de asentimiento. Terminada la arenga, se sientan otra vez en cuclillas y los bailadores reanudan la danza y el canto.

Además del *Yúmare*, bailan las danzas conocidas con los nombres de *Matachines* y *Pascoles*. Esta última es ejecutada por uno o dos individuos y en ella imitan a un animal. Hay *Pascol* del venado, de la paloma, del cuervo, de la serpiente, etc. En cada caso la música es especial y onomatopéyica; uno de los más originales es el baile de la serpiente, pues ya para terminar el danzante pasa fuertemente sobre el suelo la uña del pie del dedo gordo, imitando admirablemente el cascabel de la serpiente. Cada bailarín lleva enredados en las piernas unos hilos en los que ha atado previamente capullos o *Chaneburi* (bolsa en tarahumara) producidos por la larva de una mariposita que deposita sus huevecillos en el copalquin; cada una de ellas lleva en el interior unas piedrecillas que suenan durante el baile como si fueran cascabeles. Otras veces el que baila el *Pascol*, lleva atada a la cintura una faja con cintas de gamuza, en las que se ven fragmentos de carrizos con pezuñas de chivo, que hacen las veces de cascabeles como en el caso de los capullos de que hemos hablado.

Los *Matachines* son danzantes y rinden homenaje a un Jefe o Emperador. Cada danzante va tocando con un turbante adornado de plumas, papel de China de varios colores, espejos etc., se atan a la cabeza un pañuelo rojo y llevan unos calzoncillos del mismo color. Completa esta indumentaria una capa blanca o roja prendida a los hombros.

Los tarahumaras tienen verdadera pasión por estos bailes, pues asisten a las fiestas desde pueblos situados a varios kilómetros de distancia y para ir de un pueblo a otro hacen tres o cuatro días de camino. Después de que se comen la carne y dan por terminada la fiesta, la «ofrenda» es distribuída entre los danzantes y aquellas personas que tomaron parte activa en la ceremonia.

Desde el punto de vista educativo tiene gran interés el conocimiento de las costumbres de los tarahumaras, porque es preciso acercarse a ellos por la parte directamente afectiva, inspirándoles confianza, respetar sus tradiciones y sus fiestas y poco a poco emprender la obra puramente escolar. El error consiste en querer intelectualizarlos, en vez de considerarlos como verdaderos niños cuya mentalidad es preciso conocer. Iniciarlos en el cultivo sistemático de la tierra, en la práctica de trabajos manuales y posteriormente hacer labor del libro.

Juan B. Salazar

Del autor de este artículo, nos habla en los términos siguientes nuestro amigo, y colaborador, don Guillermo Jiménez, en carta de México, D. F., a 11 de enero del año en curso:

«Me doy el placer de enviarle un interesantísimo artículo de mi amigo el Profesor don Juan B. Salazar, sobre el *Yúmare*, danza sagrada de los tarahumaras, indios de la sierra Occidental de Chihuahua o Sierra Tarahumara de este país.

»Aunque el señor Salazar es muy poco conocido en el mundo literario, porque sus actividades las ha dedicado íntegras a la educación y al estudio de la Biología, considero que el *Yúmare* llamará extraordinariamente la atención a todas las personas que lo lean, por los secretos de raza que en él se revelan y por la maravillosa ideología de la danza».

s/c. Calle de Alejandría 26. Col. Clavería.
Atzcapot zalco, D. F. México

Desde la ventanilla

El correteador criollo al servicio del imperialismo.—En los países intervenidos el Gobierno norteamericano envía el experto financiero estilo Mr. Cumberland a imponer el empréstito. Es la consecuencia natural de la mengua de la soberanía. El experto ya sabe que no va sino a formular su plan sobre el mismo territorio sojuzgado, sin consultar pareceres y voluntades. El oro que vomiten las arcas de Wall Street vendrá precedido de toda suerte de seguridades, tantas como las ofrecidas al propio Presidente de los Estados Unidos cuando sale en *viaje de buena voluntad*. En Nicaragua se arma una guardia que permanece en actitud perpetua de bayoneta calada, formando un flanco contra todo lo que pueda menguar en un ápice siquiera la rebosante salud del señor empréstito. Nada importa que ella consuma gran parte del oro importado, porque eso se carga al debe de la república beneficiada con la magnanimidad de los emprestadores.

El país intervenido no ofrece lucha y de ahí que el experto salga de Washington con la cara muy agresiva y con el inglés como único medio de expresión. No trae la misión de tratar con hombres sino hacer el recuento de las entradas y distribuir las salidas. Es tarea bastante simple. Pero cuando el empréstito debe colocarse en un país de soberanía limpia, no acude experto de Washington. El criollo bilingüe es revestido entonces de la pomposa categoría de representante de un sindicato de banqueros. Claro está! No cabe en la áurea jerarquía de Wall Street otro nombre para el brazo que va a ablandar la tierra sobre la cual se hundirá la estaca fatídica.

Qué bienes no le encuentra al oro que ofrece el correteador criollo! En su ofrecimiento se vuelve lírico y lo oimos declamar: «Acéptalo, oh nación que ahora tienes el privilegio de que los poderosos a quienes sirvo te lo confíen sin la duda de que vayas a vestir los andrajos de la morosidad. Te quiero como puede quererte el mejor de tus hijos y este entrañable amor me da la visión exacta del bien con que los banqueros que aquí me honran con la misión de convencerte, desean premiar tu ascensión rápida del fondo de esa nebulosa ignorada en que yacías desde hacía muchas lunas. No te has dado cuenta de que ya taconeas sobre el pavimento del gran Mercado Mundial y producen eco tus tacones, eco que los grandes reverenciadores del crédito empiezan a oír. En la actualidad no te saludan chistera en mano, mas sí empiezan a sentir que hay una nueva onda que captar en los hilos de sus antenas levantadas sólo a las corrientes de importancia trascendental. Por eso te digo: acepta el oro que por mi medio, hijo altivo de tus entrañas, te ofrecen en condiciones nunca igualaladas mis representados.»

¿Qué Cumberland podría dedicar una prédica tan amorosa y patriótica como la del criollo agente del extranjero?

Tiene el criollo muchos peligros. Siendo criollo puede hablar con lágrimas en los ojos y atribuirlas a su amor a la patria, aunque para él el concepto de patria como tierra autónoma, ya no exista. A fuerza de trajinar con las ideas del extranjero conquistador ha llegado a considerarlo como una fuerza con el derecho y el deber de regirnos. Lo proclama magnánimo distribuidor de una civilización que no ha de venirnos ni con el transcurso de centurias, por nuestra incapacidad indígena. Esa civilización se riega en caminos, en edificios, en ciudades higienizadas, en escuelas y colegios. Conviene el criollo en que el país que con ella se beneficie admita que se le imponga la recaudación y administración absolutas de sus riquezas, porque ello, para hablar en la jerga abogadil, no le para perjuicio. Nada importa que la educación se imparta en la lengua del interventor que civiliza. Mucho menos trascendencia tiene la posesión de la tierra por el nativo. Mejor es que la posea el civilizador, porque es más diestro propietario y allí en donde se cosechaban cinco, él saca diez. Como es civilización lo que se recibe, gratuita y obligatoria, hay que franquear a la potente máquina que la esparce todos los resquicios, cerrando, eso sí, todas las posibles entradas a otras civilizaciones.

Canto de América

Al mártir del reciente 10 de enero, *Julio Antonio Mella*, amado con honda predilección.

Hermano cuyo nombre
se hizo más firme a la encrepadura
del vocerío de ayer,
con que gritó su grito a los cruceros
toda la ira de América.

Hombre de la más andina reciedumbre
—fuerte como un jugador de rugby*—*
y hacia cuya pureza imparalela
se encauzó en veinte pueblos
un Iguazú de juventudes.

En los naipes de dada uno de sus días
aparejaron sus prisiones
con simpatía
—ola multitudinaria y vasta—;
y así al levantamiento de su voz,
el hoizonte se enarcaba
crucificado de promesas.

Hombre estereoatipado de virtudes
y a quien todo fué claro,
quizá porqué su brazo
—que le quedó luxado como en reto—
se había contraído al destino
de defender nuestra esperanza.

Todavía el calor
de su frase magnífica,
puebla el bosque de asombros
que le lamiera el paso,
y este silencio inútil
que hace hueco para el dolor de México,
es una intención de balance
para la enorme pérdida.

Mas el derrumbe de este anhelo
que abanderó su voz,
en las estaciones sin relevo de América,
traza un signo de tiempos como filas que se cierran,
y en donde todo ha de cumplirse.

De tal modo tu caída
—por la mano maldita y ensombrada—
en suelo que era tuyo y de nosotros,
es embarazamiento de esperanzas
para estos días enmudecidos y hórridos
—boletos de progreso al 30-30.—

Pero ayer como ahora
y hoy más que ayer,
hay una nueva humanidad
que se incorpora hacia la ruta
donde tu ejemplo dejó una
bandera de señales.

Y la canción que se abrazaba
sobre los dedos del crepúsculo
que se extendió contigo y tu bandera,
ha logrado el tiraje
de un eco ultramarino y derramado,
—edición de aquel grito—.

Y en este panorama desahuciado
de programas y de hombres;
del mismo juramento
que ayer pusimos en tus manos,
le está naciendo una esperanza
—tan pura como tú—
al dolor y a la ira de mi América!

Baltasar Dromundo

México, D. F. a 12 de enero de 1929.

Señor D. Joaquín García Monge
San José de Costa Rica.

Mi estimable y buen amigo:

Adjunto le envío un poema que va en busca de un rincón en su *Repertorio*. Es relativo a la muerte de mi querido amigo Julio Antonio Mella, que fué asesinado cobardemente hace cuatro días por agentes del déspota cubano Machado, en este país. Esperamos que nuestro gobierno, surgido de la revolución, hará justicia completa. A la hora de escribir a usted estas líneas todavía no se sabe en concreto nada. Las masas obreras y campesinas, así como intelectuales y estudiantiles, están intensamente conmovidas por la caída del joven apóstol y mártir. Fué uno de los más puros hombres que yo he conocido. Su muerte me afecta—y a todo México—, de dolor, de angustia y de ira.

Sírvase usted publicar el poema, y estas líneas; gracias. Con ello contribuiremos—usted y yo—a demostrar lo que algunos malditos tratan de discutir ahora: la honradez preclara y meridiana de Julio. Yo estudié con él, viví con él en la Facultad de Leyes y supe toda la grandeza de su alma y su firmeza espiritual; su talento auténtico y su valor. Repito—como ayer en mi oración fúnebre a nombre de la juventud de mi patria—que su epitafio podría ser así: «Aquí yace un hombre que pudo ser vil y no quiso». Usted sabe que sacrificó dineros, posición cómoda y burguesa, partido social elevado, a una causa de justicia. Que trabajó, que luchó y que dió su vida a la revolución proletaria. Lo ha muerto un canalla. Pero esperamos que los tiempos se cumplan y que esta muerte no sea inútil a América. Tamaño dolor, tan gran crimen, fecundarán más todavía la conciencia del continente. Quiera Dios que de entre nosotros no haya uno solo que no esté dispuesto a seguir el ejemplo de Mella.

Fraternalmente.

Baltasar Dromundo

Ciudad de México, 14 de enero de 1929.

Es, pues, el criollo al servicio del extranjero acaparador, la más funesta arma que puede dirigirse contra un país. El prepara el campo, ablanda el suelo para hundir la estaca que acabe con soberanía y dignidad. Es un personero que cultiva la zalamería y hace de esa fuerza cortesana una especie de sésamo que hoy abre una puerta por la cual deja entrar mañana un cortejo siniestro. Ya ofrezca oro, ya pida concesiones en su nombre, ya esté alerta a la caza del poder de compañías extranjeras, es en todas esas formas proteicas siempre amenaza y mal. Líbrense las patrias de soberanía limpia de la alianza del criollo y del extranjero conquistador. Toda defensa dentro de ellas está amenazada.

Una lección conmovedora.—Fridtjof Nansen es como Roald Amundsen, un alma polar. Llega a los 63 años nimbado de un resplandor glacial que lo salva de la miseria de sentirse ruina. Es una vida entera.

Proyecta la Asociación Aéreo-Artica Internacional la más grande expedición por el aire al Polo Norte y Nansen, que lleva la vanguardia, asume la dirección científica. Su familia lo cree ya ruina cuando le pide que vista el hábito del reposo. Será con él; sin duda, como esos majestuosos granitos sin ruedo ya, llenos todos los resquicios de vegetación liquenosa. Responde a esa oposición doméstica embarcándose en Goteborg para Nueva York, en busca de parte del apayo económico que la gran empresa demanda. Porque en 1930, a bordo del Graf Zeppelín, comandado por otro gran espíritu, el Dr. Eckener, la inmensa expedición blanca se desprenderá del mástil construido en Kola por el Gobierno ruso, hacia las regiones árticas. Es el rumbo de una gran empresa. Grande por sí misma y grande por el caudal de espíritu que a ella han infundido los que la concibieron.

Una gran empresa. Ejemplar la vida de Fridtjof Nansen, ciñéndose a los 63 años la corona que ostenta el gesto propio de su condición de grande hombre. Nos hace comprender su conducta cómo es de diferente una empresa superior gobernada por inspiración y no por instinto. La sirve el hombre sin contacto con el mundo, en lo que el mundo es atracción abismal. De lo cual deriva majestad, que es profundidad de pensamiento imprimiendo su rotación serena a todos los gestos que parten del hombre. Para la mente así influida la grande empresa no queda terminada nunca, esto es, no da de sí definitivamente los bienes que tiene reservados a un hombre, a un pueblo o a la humanidad entera. Ni se agota el poder con que la ha servido ni ha perdido ella la grandeza que infunde alientos a ese poder. No da la voz que demande sustituto ni lleva en este ejercicio de virtudes varoniles medida del tiempo que no sea la que vaya marcando hora tras hora la luz que se va haciendo.

Así Fridtjof Nansen, sacrificando a los 63 años lo que el mundo llama derecho conquistado al descanso. Ya ha explorado los mares árticos y ha sentido las profundas penalidades de los hielos en tormenta. Ha batallado reciamente y su alma en cada expedición se ha abierto hacia un nuevo panorama. Esto es lo que lo pone de nuevo en camino de las regiones polares.

El Nansen obediente a los ruegos domésticos sería el hombre sin visión, el explorador que erró su camino. El explorar en las regiones árticas no habría constituído para él un menester del espíritu, sino una vanidad, un apetito del instinto. Nobile pertenece a los que ponen en la vanguardia de una gran empresa el demonio del instinto. Cuando Amundsen condujo el Norge a través de aquella inmensa ruta aérea que quedó a fuerza de tanto frío como en una cauda, Nobile se sintió su émulo. Y fracasó miserablemente, porque las grandes empresas reclaman reverencia.

El Nansen haciendo recuento de sus años sería la carne humana que fué poniéndose rígida al contacto de los fríos glaciales. Como sus expediciones no las efectuó con el cuerpo sino con la mente, ésta lo libró de momificarse.

Cómo nos conmueve la lección de Fridtjof Nansen. Alienta saber que el mundo tiene esos hombres con los cuales se puede establecer paralelismo para saber si los que en la vida nos ha tacado ver rigiendo empresas grandes, como son los destinos de una patria, han obrado por instinto o por inspiración.

Los Pasajeros

En San José, 20 y febrero.

El Pacto y el Senado...

(*Viene de la pág. 120*).

nas de influencia, es decir, países débiles donde sí pueden imponerse por la fuerza, como los Estados Unidos en Nicaragua y en Haití.

Unos señores diplomáticos, representantes no de pueblos, como en La Haya, como en Ginebra, sino de clases imperialistas, de gobiernos ambiciosos, se reúnen —lo mismo que en Viena en 1815—para oponerse a la vida de las pequeñas naciones, garantizándose mutuamente la impunidad contra posibles crímenes de leso derecho internacional.

Significa, por último, que la República burguesa ha fracasado para un ideal de justicia. Son en efecto, dos repúblicas modelos las que primero dan este paso de un siglo atrás contra la igualdad jurídica y vital de las naciones.

¿Y qué actitud asumen los pequeños estados, probables víctimas futuras? La mayoría se adhieren al Pacto entusiasmados y sin perder minuto, temiendo llegar tarde. ¡Estados sin estadistas!

* * *

La sociedad de Naciones no debe resultar una cosa tan ínfima cuando, a pesar de ser un Cuerpo que no posee hasta ahora sino fuerza moral, lo teme un Imperio trasatlántico repleto de oro, de fusiles, de cañones, de barcos, de aeroplanos, de gases asesinos, de toda suerte de industrias de guerra y máquinas de muerte.

¿A qué se debe, en efecto, el que un Gobierno tan orgulloso como el de Yanquilandia, que permaneció sordo a los halagos de las mayores potencias del mundo e irreductible en punto a mezclarse en las cuestiones de Europa, corra ahora a París, en la persona de su ministro de Negocios Extranjeros nada menos, y pacte hasta con Italia?

Pues parece que se debe a causas en apariencia pequeñas y a naciones a las que no suelen considerar sino de arriba abajo los que más se prosternan ante los caprichos yanquis. Tal vez no sean extrañas a la actitud de los Estados Unidos y a la firma del Pacto dos circunstancias: primeramente, la declaración de la Argentina, por boca del Sr. Cantilo, ante la Sociedad de Naciones, y luego la oportuna petición de Costa Rica a la misma Sociedad de Naciones para que este ilustre Cuerpo mundial definiera de una vez, por todas, lo que entiende por esa cosa vaga y mudable que llaman la doctrina de Monroe.

Ya ha conseguido Europa, gracias tal vez a dos naciones hispanoamericanas, lo que no había podido por sí misma: el que los Estados Unidos se solidarizasen, en alguna forma, con ella y no la mantuviesen a distancia, como mera materia de explotación.

La América española, pues, puede hasta ser un *atout* en manos de Europa, en su juego de baraja con Saxoamérica. No es cosa ahora de que estúpidamente suelte su *atout* y se deje ganar la partida. Ya encontrará medios de desconocer lo que ahora reconoce: que los Estados Unidos son la única América posible.

R. Blanco-Fombona

Imprenta (Alsina) Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica